

**PAPÁ FIDEL, EL SEMI DIOS DE RUANA: VIDA Y LEYENDA DEL MAYOR CONTRABANDISTA DE LICOR
ARTESANAL DE BOGOTÁ**

(1926-1946)

NATALIA HERRERA DURÁN

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE COMUNICADORA SOCIAL

PERIODISMO

DIRECTORA

MARYLUZ VALLEJO MEJÍA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE

COMUNICACIÓN SOCIAL

BOGOTÁ

2010



PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE
DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

Diciembre 1° de 2010

Señor Decano
José Vicente Arizmendi

Cordial saludo,

El gran aporte del trabajo de grado: **PAPÁ FIDEL, EL SEMI DIOS DE RUANA: VIDA Y LEYENDA DEL MAYOR CONTRABANDISTA DE LICOR ARTESANAL DE BOGOTÁ** —escrito a manera de crónica histórica de tipo judicial, acorde con la época y la historia— es la recuperación de un personaje bogotano que por haber vivido al margen de la ley estaba en el olvido, incluso de los historiadores. La crónica está tejida con las voces de las fuentes vivas y de los cronistas judiciales que siguieron los lances y aventuras del contrabandista hasta tornarlo en leyenda.

La estudiante demuestra sus habilidades con la reportería y la escritura, y su tesón para seguir las pistas, casi borradas, de los parientes y conocidos de Papá Fidel, mítico líder del contrabando de aguardiente en la Bogotá, que sostuvo su emporio desde finales de los años veinte hasta su muerte, acaecida natural en 1946.

La autora demuestra, igualmente, la construcción caprichosa que hacen los medios de estos personajes, que pasan de ser héroes a antihéroes, como Papá Fidel.

Esta crónica podría publicarse tal como está escrita por el ritmo y la calidad narrativa.

Atentamente,



Maryluz Vallejo Mejía

Profesora Asociada Periodismo
maryluz.vallejo@javeriana.edu.co

ARTÍCULO 23

« La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis. Sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica y porque las tesis no contengan ataques personales contra persona alguna, antes bien se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia»

Agradecimientos

« A mis padres, a catire, al vaquero y a Maryluz,
por ayudarme y apoyarme en una empresa
que hasta el último minuto
parecía imposible».

Tabla de contenido

| | |
|--------------------------------------------------|------------|
| 1. Introducción..... | 7 |
| 2. Claves teóricas..... | 10 |
| 3. Papá Fidel: El semi dios de ruana..... | 14. |
| 4. El legado..... | 55 |
| 5. Conclusiones..... | 66 |
| 6. Bibliografía..... | 70 |
| 7. Anexos..... | 71 |

PAPÁ FIDEL:

EL SEMI DIOS DE RUANA



A la derecha Papá Fidel, a la izquierda Víctor, su lugarteniente.

Introducción

Esta investigación empezó hace cerca de dos años. En ese momento Papá Fidel era un misterio. Su nombre aparecía apenas referenciado en *A Plomo Herido*, el libro de Maryluz Vallejo, quien no dudó en embarcarse, como directora de trabajo de grado, en esta empresa de navegantes extraviados.

Las primeras pesquisas, con historiadores expertos en el tema de Bogotá, daban como resultado que *El olvido está lleno de memoria*, como el libro del escritor Mario Benedetti. Eso quería decir, que esta historia estaba en el más profundo olvido, a pesar de que fue por 30 años parte viva de la memoria de la ciudad y de sus habitantes. De ahí en adelante, la búsqueda de archivo fue intensa, con jornadas exhaustivas en la Biblioteca Nacional, en un comienzo muy poco fructuosas.

Todo cambió cuando, con ayuda de Maryluz, encontré el día y el mes de la muerte de Papá Fidel. La fecha la busqué primero en *El Espectador*. Allí estaba, ese día había muerto el “Semi- Dios de ruana”, como lo calificó el cronista Gonzalo González –Gog—. Al entierro habían ido unas quince mil personas y había una caravana, en 1946, de más de cien camiones y carros.

Ese fue el comienzo de nuevos rastreos que llevaron a otras notas de prensa, ahora en *El Tiempo*, *El Siglo*, *El Liberal*, *La Razón*, *Clarín* (de Bogotá) y *Eco de Oriente* (de Villavicencio). Cada nota que leía sobre la muerte de Papá Fidel me daba nuevas luces sobre otras notas que lo reseñaron en vida. Encontré de esa forma, la primera vez que lo encarcelaron, sus luchas con las autoridades, sus episodios sangrientos y escandalosos, sus amores y la estructura detallada de la organización que lo había empoderado como el más grande contrabandista de aguardiente artesanal de todos los tiempos en Colombia.

Desde entonces, términos como cafuche, contrabandista y productor de aguardiente artesanal en Bogotá, o Resguardo, autoridad encargada de perseguir los productos que pudieran defraudar las rentas del departamento, fueron cada vez más familiares. La prensa de la época me abrió un mundo que poco a poco fui descubriendo y que me ayudó a

entretejer esta historia urbana, respaldada en libros de referencia. Entonces surgió la necesidad casi obsesiva de buscar fuentes vivas, personas que recordaran esta historia, de más de 70 años. Hablé con cerca de una veintena de abuelos que me confiaron sus recuerdos y en varias de ellas se perfiló Papá Fidel, sus hijos y parientes.

En estas páginas el lector encontrará los retazos de una memoria urbana sepultada, con los que intenté reconstruir el perfil de un personaje central en la historia del contrabando de Bogotá y Villavicencio, tema que mantiene plena vigencia en nuestro país. Esta historia —completamente inédita— de la que encontré escasas referencias bibliográficas, podría ofrecer claves de interpretación valiosas sobre el desarrollo del contrabando en Bogotá. El texto está narrado como una extensa crónica roja para rendir un homenaje a los periodistas judiciales, como Felipe González Toledo y José Joaquín Jiménez —*Ximénez*—, cultivadores de este género, que sin duda alcanzó su máximo esplendor en las décadas tratadas (de los treinta a los cincuenta).

Durante este periodo ya venía rigiendo la llamada ley ‘seca’ del gobierno de Pedro Nel Ospina (1923), que satanizaba el expendio y el consumo del licor y estableció un precio mínimo por botella de aguardiente demasiado alto para el pueblo, que estimuló el contrabando del preciado licor. La ley de Ospina le seguía los pasos a la ley seca de Estados Unidos —vigente desde 1920 hasta 1933—, que prohibía fabricar, transportar y vender bebidas alcohólicas, pero no comprarlas ni consumirlas. Con ello el comercio de alcohol pasó a una forzada clandestinidad que favoreció la formación de imperios económicos al margen de la ley. Nace, entonces, para el caso estadounidense, el célebre Al Capone, y para el caso colombiano Papá Fidel, contrabandistas de licor respetados y temidos.

Esta extensa crónica de Papá Fidel comienza por contar la muerte del ‘rey’ del contrabando y su imponente entierro, para seguir con dos grandes capítulos: **la leyenda** y **el legado**. En el primera, reconstruyo los inicios del célebre cafuche y sus distintas facetas, que son registradas por la prensa de la época y relatadas por fuentes vivas. Y en el segundo, narro su herencia; la disputa de poder que generó su muerte, las historias de contrabando relacionadas con dos de sus descendientes en la década de los setenta y la producción y

venta de aguardiente artesanal hoy en día, en las mismas faldas de los cerros de Guadalupe y Monserrate.

Finalmente, diría que este reportaje fue una lucha contra la muerte y el olvido, que en este caso son lo mismo. Una pelea que, debo confesar, no gané del todo porque muchos que pudieron enriquecer este trabajo, porque conocieron y vivieron de cerca este episodio, han muerto o, tristemente, perdieron la memoria.

Claves de lectura

De la satanización del licor artesanal

“El aguardiente y la chicha son, hoy por hoy, los peores enemigos del engrandecimiento patrio, y es absurdo que dediquemos todos nuestros esfuerzos a combatir enemigos más o menos imaginarios, o perseguir reivindicaciones políticas que muchas veces no son sino una vana palabra, mientras dejamos que se apodere de nuestro pueblo el alcohol, tan terrible él solo como los tres enemigos de los que nos habla el Evangelio, juntos y escoltados por todos los demás que se encuentran sobre la tierra”. Escribe *El Tiempo* en su editorial del 29 de diciembre de 1913.

En las primeras dos décadas del siglo XX existía una necesidad de “educar al pueblo y de luchar contra sus comportamientos irracionales”: el alcoholismo en primer lugar. Dado que la chicha y la cerveza no eran las bebidas más comunes entre el "obrerismo" bogotano, las baterías de *La Humanidad*, el periódico obrero de los años veinte se enfilaron contra el aguardiente¹. "El alcohol —se decía en un artículo sobre la embriaguez— lleva a sus víctimas al hospital, a la cárcel y al abismo del desprecio. El bebedor deshonra el hogar y lo escarnece (...) el bebedor es un esclavo sin valor y sin honor"².

El periódico *La Humanidad* condensaría así su visión sobre el alcoholismo: "el obrero que bebe aguardiente es un esclavo tributario del gobierno que lo explota y lo degenera". Para la Iglesia, el problema era de degradación moral, y para la elite empresarial era de pérdida de productividad. Para el Estado y la gran prensa, el alcoholismo era la causa de todos los males: de asonadas, motines y violencias.

¹ ARCHILA N, MAURICIO. La humanidad, el periódico obrero de los años veinte. Boletín Cultural y Bibliográfico. Número 3, Volumen XXII, 1985. En: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti3/bol3/humani2.htm>

² Íbid.

El alcohol, y específicamente el aguardiente, se consideraba por naturaleza malo: "La historia del aguardiente es una de vergüenza, corrupción, crueldad y ruina", escribía *La Humanidad* en sus páginas. De alguna manera el aguardiente, como la chicha, deformaba el rostro y producía criminales, locos y desadaptados, llevaba a la miseria y a la desesperación.

Sin embargo, mientras se escribían virulentos artículos contra el aguardiente, en sus avisos comerciales, *La Humanidad* promovía, ocasionalmente, la venta de vinos de mesa, blancos y tintos. Así como el "obrerismo" bebía aguardiente, chicha y cerveza, los vinos eran consumidos por otras clases sociales. Parecería que sólo las primeras bebidas fueran consideradas "alcohólicas" y "perjudiciales". La campaña contra el alcoholismo estaba dirigida, no contra el alcohol en sí, sino contra las bebidas embriagantes populares.

Esta fuerte satanización al aguardiente venía rigiendo las dos primeras décadas del siglo XX, pero es en 1923 que esa coyuntura se utiliza para elevar el precio del licor, al punto de que la medida, sin prohibir la venta ni el consumo de alcohol, era considerada como "acentuadamente restriccionista". Incluso fue llamada por la prensa "la Ley Seca", parodiando un poco la de los estadounidenses.

La enmienda XVIII de la Constitución de Estados Unidos, vigente desde enero de 1920 hasta diciembre de 1933, prohibía fabricar, transportar y vender bebidas alcohólicas, pero no comprarlas ni consumirlas. Con ello el comercio de alcohol pasó a una forzada clandestinidad que favoreció la formación de imperios comerciales e industriales al margen de la ley. Al igual que ayudó al florecimiento de personajes como Al Capone.

En Colombia, la llamada Ley Seca —que se promulgó un año después de que Pedro Nel Ospina asumiera la presidencia—, estableció en su artículo 12 un precio mínimo de \$3 pesos con 60 centavos por botella de aguardiente. Un valor considerablemente alto si se comparaba con el costo de \$1.50 o 1.80, que regía anteriormente. Por ello, las clases populares vieron en el aguardiente artesanal una posibilidad real de consumo y de negocio, de acuerdo con sus posibilidades económicas. Se crearon entonces nuevos escenarios socioculturales al margen de los estándares y de los ideales de la ciudad moderna, a la cual sólo podían acceder muy pocos. Este es el contexto en el que crece y vive Papá Fidel.

El licor artesanal en Bogotá fue abiertamente castigado y perseguido por ir en contra de los sueños de modernización y desarrollo industrial de una ciudad que se dormía en los laureles por haber sido algún día la Atenas Suramericana. Una ciudad que construía a través del discurso la modernización que en realidad no tenía, a pesar de los fuertes procesos de transformación que se iniciaron con el siglo XX. La mortalidad era mayor que la natalidad, las epidemias de gripa, tuberculosis, sarampión, viruela, azotaban a los habitantes, el contagio de enfermedades venéreas y bronquiales, y el desaseo y la miseria seguían caracterizando la ciudad hasta muy entrado el siglo XX³.

Desde 1930, las medidas en materia de higiene y producción están vigentes y se crean radios de prohibición de venta de chicha y chirrinchi, por lo tanto, la producción y el consumo de estas bebidas se volvía cada vez más periférico. Sin embargo, los barrios populares de Bogotá, como Belén, Egipto, Las Cruces, Paseo Bolívar, La Perseverancia y Germania tuvieron chicherías y destilerías en cada una de sus cuadras⁴.

De cronistas y fábulas

A la vez que Papá Fidel hace parte del mundo que se construye en la periferia, empieza a hacer parte, como contrabandista activo, del folletinesco mundo de los cronistas judiciales. Papá Fidel se inscribe, como anillo al dedo, en un periodo en el que la crónica de sucesos, también llamada roja, judicial o de policía, ocupaba un lugar destacado junto a la política y la literatura en todos los medios impresos del momento. En esos días los cronistas, de tanto andar en la cacería de novedades, terminaban conociendo mejor que las mismas autoridades a los criminales, al mundo del hampa, a los carteristas, “ratas”, contrabandistas y ladrones⁵. Su estilo tragicómico, de folletín, y de novela por entregas, caracterizaría la crónica de sucesos de la primera mitad del siglo XX. Incluso, algunos cronistas como *Ximénez*, a mediados de los años treinta, apelaron a la ficción y crearon

³ CAMPUZANO, Marcela, LLANO, Clara. Una bebida fermentada a través de la historia. En: Memoria y Sociedad Vol. 1 N°1. Pág. 15

⁴ *Ibíd.* Pág. 46.

⁵ *Óp. Cit.* VALLEJO, Maryluz. Pág. 236.

personajes inventados, como el célebre ladrón Rascamuelas, que dirigía una peligrosa banda de atracadores⁶.

En este contexto, un personaje como Fidel Baquero era una mina para los redactores, más dados a la fantasía que a la objetividad, porque podían exagerar sin recato.

Mientras tanto, en 1927, Chicago se ha convertía en el epicentro de la lucha entre mafias por el negocio de las bebidas alcohólicas, prohibidas desde enero de 1920 por la Constitución. En esa guerra murieron 130 personas, se corrompió por lo menos el 10 por ciento de los agentes federales y Alphonse Brown Capone —Al Capone— se convirtió en el más importante jefe de la mafia. Este es el escenario que conocen los cronistas judiciales, nutrido por películas de gánsteres, y novelas negras. Sin duda esa clase de delincuentes célebres son los que quieren narrar, o al menos construir en sus folletines, porque estas historias se publicaban por entregas para mantener a los lectores en suspenso y elevar las ventas.

Sólo hasta la década de los cuarenta este género policiaco llegó a su mejor momento: “Entre los años cuarenta y cincuenta surgieron publicaciones especializadas en crónica roja, como *Clarín*, *Sucesos Sensacionales*, y *Sucesos*, *El Caleño* y *Vea*, y se consagraron figuras en los grandes medios como Paula E. Forero, en *El Liberal*; Felipe González Toledo, en *El Espectador*; Ximénez, Ismael Enrique Arenas y Gabriel Cabrera, Cabrerita, en *El Tiempo*....cronistas chacales (como los llamaba Guillermo Cano) que solían moverse en ambientes sórdidos, cultivaban fuentes de dudosa reputación y se disputaban las presas con los detectives privados (los famosos Chocolate y Pilín) para hacer su propia investigación forense, como expertos criminalistas”⁷, escribe Maryluz Vallejo sobre esos periodistas que tomaban de la cotidianidad, la literatura y la escritura elementos propios para contar sus historias.

⁶ *Ibíd.*

⁷ *Óp.Cit.* VALLEJO Maryluz.

Papá Fidel: El Semi- Dios de ruana

“Lo que aquí se escriba no será la última palabra sobre Fidel Baquero. Un novelista vendrá algún día a recoger recortes sobre el aguardiente, el amor y la delincuencia. Un político levantará tribuna en el barrio Egipto, o en el Olaya, o en la Perseverancia y explotará la memoria del Semi-Dios, para movilizar votos a torrentes; y los suburbios bogotanos seguirían multiplicando lágrimas por mil y abundando las hazañas del hombre, con plaste de fantasía, hasta imprimirle una divinidad fabulosa” Gonzalo González (Gog), El Espectador, 11 de septiembre 1946.

—“¿Por qué no relata su historia para publicarla?

—Mucha gente quiere en verdad que yo venda mi historia, pero eso sólo se hará después de mi muerte”— registra un cronista de *La Razón*, el 10 de septiembre de 1946, el diálogo que sostuvo en otro tiempo con Papá Fidel.

El miércoles 11 de septiembre de 1946 los periódicos, liberales y conservadores, hablaban de su muerte. “Imponente el cortejo fúnebre de Papá Fidel”, *La Razón*; “Papá Fidel ha muerto”, *Clarín*; “Una gran multitud en el sepelio de Papá Fidel”, *El Espectador*; “Demostración de duelo por la muerte de Papá Fidel”, *El*

Siglo; “Apoteosis en el sepelio de Papá Fidel”, *El Liberal*; “Millares de personas humildes acompañaron al cementerio a Papá Fidel”, *El Tiempo*.

Un día antes, su cadáver es velado en su casa del barrio Restrepo. Una romería de gente quiere entrar a la casa del difunto, cerca del puente por donde pasa el río Fucha. Gonzalo González, el periodista de *El Espectador*, lo intenta.

—“Esto no es un carnaval.

—¿Cómo? —dijo González a una señora que lloraba.

—Que aquí no se viene con corbata colorada.

—Sólo las flores obtienen la dispensa del luto”, escribió González después de que ese día tuvo que quitarse la corbata roja para entrar.

El ataúd gris de Papá Fidel, que según los cronistas valió 150 pesos, el mejor, el más costoso, tiene flores de todos los colores encima. La joven Emma Rodríguez, su esposa, llora desconsolada al lado de las que fueron sus mujeres y también lloran su partida.

“El llanto unánime excluía toda pesquisa informativa. Era infame acercarse a un grupo de mujeres que lloraban la fuga definitiva, del hijo, del padre, del esposo. Era detestable arrimarse a un cadáver que promovía desesperación sin consuelo, movido exclusivamente por los sentimientos de la curiosidad —dice Gonzalo González, *Gog*, en una crónica sobre la muerte de Papá Fidel, que se publicó hace más de sesenta años—. Nadie tiene derecho a especular con el dolor de los demás, ni es posible permanecer insensible al sufrimiento de los humildes, que en ellos parece adquirir las más conmovedoras dimensiones”.

Dice el reconocido periodista, que escribió en el periódico *El Espectador* por más de 50 años. Él mismo que tenía que cubrir el hecho y estuvo en la velación durante todo el día y toda la noche.

Al día siguiente, frente a la casa del Restrepo se estaciona un lujoso carro fúnebre. Seis hombres llevan el féretro al hombro. Ninguno quiere ceder su puesto a otro doliente. A pie lo llevan hasta la capilla de El Sagrario, adornada de coronas costosas y de ramos de flores con lazos negros y morados.

“Recuerdo esa muerte como ninguna otra. Yo cargué el cajón durante el cortejo —dice Félix Cruz, sobrino de Papá Fidel. Y durante el recorrido no lo dejé nunca, me cambié de hombro cuando estaba cansado, pero no lo dejé hasta llegar al Cementerio Central”.

Fuma, repasa los recortes de prensa, ve el rostro afligido de su madre en una foto, recuerda, una tarde de septiembre de 2010 en su casa de Villavicencio. Félix Cruz, de 84 años, es el hijo de Bertilda Cruz, hermana de Papá Fidel, el hombre que había muerto y cuyo féretro llevaban al hombro a la capilla de El Sagrario.

A las tres de la tarde está citada la misa. La iglesia y sus alrededores están colmados de periodistas y dolientes; mujeres, niños, ancianos, pobres y algunos políticos populares. Cuando entra el cadáver una multitud reverente le rinde honores al muerto.

Son las cuatro de la tarde. El imponente cortejo fúnebre avanza hacia el Cementerio Central. Cerca de treinta taxis con coronas de flores encabezan el desfile, luego la carroza del féretro, seguida por miles de personas. Más de 120 vehículos cierran la romería, entre camiones, taxis y flotas de transporte de la Cooperativa de Transportadores de Oriente.

“Ese enterrazo, ni el de un presidente. Un entierro que nadie cree —dice Campitos, hombre de confianza de Papá Fidel. Yo estuve. Era tan humanitario. Vino gente de todas partes, sobre todo de Villavicencio.”

Campo Elías Rodríguez, Campitos, de 92 años, habla del entierro de Papá Fidel una mañana de octubre de 2008 enfrente a la plaza de mercado del Barrio Egipto. Campitos, de tez morena y ojos empañados por las cataratas, vive ebrio pero no olvida el entierro de quien fue su mejor jefe.

“Yo he estado en dos entierros buenos en Bogotá, el de Jorge Eliécer Gaitán y el de Papá Fidel. En el sepelio de don Fidel la gente lloraba de corazón porque se les había ido el que los tenía trabajando. Hombres que lloraban, viejos que lloraban como niños huérfanos. Apenas me enteré de la noticia viajé desde Villavo al entierro; también fue Gaitán, porque Fidel, alma bendita, era su amigo y era gaitanista—relata Luis Romero, de 84 años, una tarde septembrina de 2010, mientras se mece en una silla de mimbre a la entrada de su casa en el barrio Caudal de Villavicencio.

El conductor del carro mortuario, en un momento de vacilación, no quiere seguir por la carrera séptima. Es contravía, de circulación prohibida en la dirección de sur a norte. Pero entonces alguien grita con coraje:

—“¡Que echen por la séptima!”

Y el cortejo invade la Calle Real. Su cadáver tiene todavía el poder de violar el reglamento. La gente que camina, un mar agitado vestido de ruana, canta, habla del difunto, reza, solloza, algunos maldicen.

—“Era una mano abierta. Lo lloraremos más de cuatro. Y nos emborracharemos más de cuatro” —grita en medio del cortejo una mujer que ya estaba borracha. Había bebido toda la mañana en la tienda de la calle 10 con carrera 11, propiedad del difunto, en donde ofrecieron licor gratis a todo el mundo durante todo el día.

Pocas cuerdas antes de llegar al cementerio los carros pitan y las sirenas se escuchan en cada rincón de la ciudad. Durante una hora el tránsito estuvo paralizado. A la entrada del Cementerio Central espera otro tumulto. Todos quieren estar al pie de la tumba.

“Cuando introducen el féretro los lamentos se vuelven alaridos. Papá Fidel ha entrado a la quietud irrevocable, envuelto en flores y en adioses” —anota Gog en su crónica.

Le hablan el vocero del barrio Egipto, el vocero del Samper Mendoza, el concejal Efraín Cañavera, el jefe liberal Jorge Eliécer Gaitán; le hablan los amigos, los vecinos, los hijos, las amantes que besan el sepulcro. La bóveda queda mirando a los cerros de Monserrate y Guadalupe. Fidel Baquero ha muerto.

La leyenda del rey

Fidel, nacido en Villavicencio en 1891 y bautizado en Cáqueza, hijo de Tránsito Baquero y de un padre que jamás lo reconoció, vivía pobremente con su madre en una habitación del barrio Egipto, al oriente de Bogotá, y trabajaba como agente del Resguardo, velando, con revólver al cinto, que no se comercializara licor ni cigarrillos a espaldas de las autoridades. Tenía 20 años, y ninguna razón para imaginar que se convertiría en el rey del contrabando, jefe supremo de los ‘cafuches’; amado por las personas más humildes, temido por sus enemigos y perseguido por los gendarmes.

“Lo importante para el negocio del contrabando es introducir a la ciudad, sobre las propias narices de los agentes del Resguardo, las cantidades de aguardiente que se colocan en los expendios clandestinos que quedan en los cerros orientales. En esto se hizo el señor Baquero, prontamente, un experto —escribe Carlos Ramírez Arguelles, el periodista del semanario *Clarín*, que relató detalladamente las memorias del mayor contrabandista de la época, días después de su muerte—.

“En realidad, él conocía los sitios estratégicos, las costumbres, las artimañas de que los agentes del Resguardo, que habían sido sus compañeros, se valían para sorprender a los cafuches —nombre que se les ha dado tradicionalmente a los vendedores de aguardiente no oficial en Bogotá—, anota Ramírez. El señor Baquero logró en forma tan rápida resolver tal problema, que muy pronto los otros contrabandistas se aproximaban a él para pedirle ayuda y consejo (...) Baquero pensó entonces en organizar el *trust* más formidable de contrabando que haya existido en Colombia”.

En 1926, cuando la madre de Fidel muere, la administración del Resguardo tuvo noticia de que el ex guarda de rentas, que trabajó en los cerros de Monserrate y Guadalupe, y ayudó a controlar la llegada de carga en la estación de la Sabana, se dedicaba ahora a defraudar al fisco departamental. Pero todavía no había prueba alguna para encarcelarlo.

“Don Fidel Baquero fue al principio un humilde cafuche de gran sagacidad e inteligencia para esquivar las actividades de la justicia. Cuando se le perseguía sostuvo enconadas, luchas y tiroteos con los guardas de las rentas del departamento, logrando salir casi siempre ileso y triunfante, hasta lograr colocarse a la altura del jefe supremo de los cafuches de Bogotá y sus vecindades”, se lee en *El Liberal* del 10 de septiembre de 1946.

En 1928, Fidel Baquero ya era un contrabandista conocido para los cronistas y para los agentes del Resguardo. En esos primeros años en que se dedica a trabajar en el negocio del contrabando de licores es capturado y condenado a pagar varios meses de prisión en la cárcel del departamento (Cundinamarca).

El día que lo capturan, María Hilda Latorre, su mujer hace algún tiempo y madre de su hija mayor, Berta —a quien lleva esa tarde en los brazos—, lo acompaña a las puertas de la cárcel. A la entrada, María despierta sospechas de ser cafuchera y es llevada a la prisión El Buen Pastor, sindicada de contrabando, de acuerdo con las memorias de Ramírez en *Clarín*.

Tiempo después, a las afueras de la tienda que maneja María, en el Alto de la Cruz, llega Papá Fidel. Primero la alegría de pensarlo de regreso, luego el momento más grande de zozobra. Se había fugado ese día de la cárcel. La decisión estaba tomada. Se escondería en los cerros, cerca de los alambiques clandestinos de licor. Una valija, dos o tres cosas. Fueron necesarios pocos minutos para cuadrarlo todo.

Fidel se aburre del escondite y al poco tiempo decide visitar los barrios cercanos de los cerros: El Paseo Bolívar, Egipto, La Perseverancia, Laches, El Guavio, Girardot, Las Cruces. Camina tranquilo, una increíble red de espionaje lo

defiende. Siempre está enterado de los movimientos del Resguardo. Cuando los agentes lo buscan en El Guavio, él está en la Quinta de Bolívar. Y si lo preguntan en La Perseverancia, él está tranquilo en las calles de Las Cruces. Hasta el día en que lo rodean y lo capturan en una casa del barrio La Concordia.

Lo llevan para el Panóptico, la cárcel de los mil ojos, la más segura, la inviolable. Luego lo trasladan a una colonia penal en Sasaima y trabaja en obras oficiales en Ubaté. Al poco tiempo sale libre.

“Hará el espacio de unos cinco meses que Fidel Baquero fue capturado por los lados de San Cristóbal, merced a informaciones muy oportunas suministradas al Resguardo de las Rentas por el administrador de las hoyas hidrográficas —dice el periodista que no firma la nota que abre el periódico *El Tiempo* con el título: “Las folletinescas aventuras del contrabandista Fidel Baquero”, el 11 de enero de 1928. —. Debía empezar a cumplir la condena de un año de presidio y responder de nuevo por un nuevo delito. Para mayor seguridad fue remitido a la colonia penitenciaria de Sasaima. Pero como casi siempre, pocos días después y en las narices de sus propios guardianes Baquero puso pies en polvorosa”.

—“Una vez metieron a la cárcel a mi tío Fidel y más de 150 personas, armadas, y no, fueron a sacarlo, —dice Félix Cruz, sobrino de Fidel, quien trabajó con él hasta el día de su muerte, el mismo que llevó al hombro su cajón hasta la tumba. Les dijeron a los policías:

—*¡Lo sueltan, hijuemadre, o no queda ninguno vivo.*

Los policías, que eran no más cinco, lo soltaron”.

“Respecto de las famosas hazañas de Fidel Baquero, célebre entre el hampa de los barrios altos de esta ciudad, se han ocupado extensamente nuestros colegas en repetidas ocasiones. Y seguramente los linotipos continuarán devorando cuartillas sobre las actividades de este sujeto cuya sagacidad mantiene en continua alarma a las autoridades” —anota el corresponsal de *El Tiempo* en la nota del 11 de enero de 1928—. Para ese entonces, sobre Fidel pesan una o dos sentencias por el delito de

fraude a las rentas, sin que haya sido posible que cumpla las penas, en razón de que burla la vigilancia y se fuga de las cárceles.

Fidel era la mina de los cronistas, alimentaba las páginas judiciales con un sinfín de historias, al mejor estilo de las novelas por entregas, en una época en que las notas sensacionales y policiacas escaseaban, como lo reconoció alguna vez el afamado periodista de la época, Felipe González Toledo.

“Papá Fidel, como lo denominan en el Paseo Bolívar cariñosa y respetuosamente sus secuaces, tiene por el contrabando de licores una desmedida inclinación. El fraude es una de sus mayores debilidades. Momento a momento se juega la vida por el deseo de “sacar” una botellita de aguardiente. Es su aventura predilecta, agrega el cronista. Mantiene los Resguardos en “jaque”, pues hoy lo ven en las faldas de los cerros de Monserrate, mañana en las de Guadalupe, pasado por los lados de Fontibón. Y así, de sitio en sitio burla la acción de la justicia y sigue destilando el licor que lo obsesiona”, escribe el periodista en la nota del sábado 21 enero de 1928.

El día antes, la madrugada del viernes, a oídos del Resguardo llega la noticia de que Fidel está por los lados del Santuario de la Peña, en una vereda llamada El Guavio. De inmediato ocho hombres salen en su búsqueda. A las tres y media de la mañana, los agentes, con ayuda de un perro sabueso, dan con el paradero de Baquero.

—“Hagan alto, déense presos”, dijo uno de los guardas a Fidel y a dos cafuches más que lo acompañaban, Alicia Parra, su Alicia, y Alcides Parra, su cuñado.

Fidel y sus acompañantes no atienden al llamado y corren, pero unos pasos adelante, ante el sonido de los disparos de revólver que no cesan, Alicia y su hermano detienen su carrera y se entregan. Las notas judiciales que contaron el suceso dicen que Fidel salta a un despeñadero, en la más profunda oscuridad. “Se detuvo al borde del barranco, y tomó la actitud del hombre que se ve perdido. Levantó las manos para infundir confianza, y los guardas se le fueron acercando, —escribe Carlos Ramírez, el

26 de septiembre de 1946 en *Clarín*—. Cuando ya lo tenían al alcance de las manos, Papá Fidel se lanzó de para atrás, hacia el abismo. Era antes del amanecer, y con la poca luz que había los guardas no pudieron hacer otra cosa que aguardar. Sintieron cómo se quebraban pequeños arbustos crecidos y tuvieron la impresión de que rodaba hacia el abismo pesadamente un cuerpo. Hicieron algunos disparos sobre la sombra. Y regresaron convencidos de que Fidel había muerto”.

“Baquero ha prometido caer en el poder de las autoridades, pero muerto, según palabras que ponen en sus labios quienes frecuentan su trato —continúa la crónica de enero de 1928 en *El Tiempo*—. A los Parras le fueron hallados los siguientes elementos de fraude: Dos barriles, seis libras de anís, y un barril con chicha. Como en este caso se trata de un fraude de menor cuantía, entendemos que la inspección de policía fiscal de rentas condenará a Alicia Parra a sufrir la pena de seis meses de prisión en la cárcel El Buen Pastor; y por igual tiempo su hermano Alcides, en la penitenciaría central”.

Al día siguiente, los agentes del Resguardo se enteran de que Fidel está vivo. La justicia ha sido burlada. A las doce del día lo pescan, después de seguirle la pista, en una casa del barrio San Cristóbal, pero logra escaparse de nuevo. Las leyes para Fidel son motivo de sangrienta mofa. En el allanamiento los agentes encuentran: 1.180 litros de fermentos listos para destilar; 4 pipas grandes; dos barriles pequeños; media arroba de anís; una olla productora y una cuchara. “El fraude, como se ve, se intentaba en grande escala —dice el cronista—. Y es curioso observar como Baquero, momentos después de haber escapado con vida, trasladaba su centro de operaciones a unos cerros al oriente de la ciudad, con una sangre fría digna de causas menos malas”.

Nace Papá Fidel

—“Alístese que llegó su papá”, le decía el guardia, señalando la salida de la penitenciaría, a un cafuche preso por llevar un encargo de botellas de aguardiente de contrabando, escribió Ramírez en *Clarín*.

Pasaba que cuando un cafuche, hombre o mujer, caía preso, siempre llegaba alguien que pagaba la fianza a nombre de la misma persona o, si la fianza no era posible, los prisioneros tenían siempre a su disposición dinero, comida, buenas camas, lo suficiente para no pasarlo tan mal. “La situación de los cafuches que caían presos había sido hasta entonces bien distinta —escribe Ramírez en *Clarín*—. Pasaban temporadas de encierro sufriendo lo indecible, sin que nadie se interesara por ellos, y sin que nadie les trajeras las cosas necesarias”.

Ahora el que intercede por la suerte de los contrabandistas es el mismo hombre robusto, el mismo porte; vestido de paño, reloj de bolsillo del Ferrocarril Tequendama, rapé en el fondillo del pantalón, sombrero ladeado, y bigote; el mismo nombre, Fidel; el mismo apellido, Baquero. “De tanto verlo acercarse a apoyar a esas gentes que caían en las garras de la justicia a causa del contrabando, los gendarmes lo bautizaron el Papá Fidel —y así se quedó—. Este nombre que le dieron sus mismos perseguidores al más notable de los contrabandistas, lo comenzó a hacer popular y temible en todos los sectores. Papá Fidel empezó a ser objeto de consejas y leyendas y desde entonces fue vigilado muy de cerca por los guardas”.

Se inició una lucha, que duró varios lustros. A cada nuevo guarda que entraba al Resguardo se le indicaba que su más grande triunfo sería capturar a Papá Fidel con una prueba, una botella, al menos, de aguardiente de contrabando. Una guerra en la cual muy pocas veces el padrino de los cafuches llevó las de perder. “Cuando estaba más vigilado, cuando los gendarmes creían que no podía dar un paso sin que ellos lo notaran, —detalla Ramírez en sus crónicas de *Clarín*— entonces era cuando el jefe de los cafuches daba grandes golpes, es decir, traía al centro de Bogotá los mejores productos de las destilerías serranas” a través de legendarias y picarescas estratagemas.

Féretro de tretas y leyendas

—“Recuerdo un día, eso fue en diciembre, que Papá Fidel echó una ‘cochada’. La cochada es sacar aguardiente, 48 botellas más o menos —cuenta Campitos, el cafuchero que vive aún al lado de la casa que era de Fidel en el barrio Egipto—. De pronto llegó don Fidel y le preguntó a Félix Escobar:

—¿Qué tal salió?

—¿Qué whisky ni que brandy!, respondió don Félix.

Entonces, Papá Fidel le dijo a Pancho Palurde:

—Llene esa garrafa y llévele al señor Olaya, el jefe del Resguardo, y dígame que aprenda a fabricar aguardiente. Olaya subió hasta Egipto —recuerda Campitos— y prometió sancionar a Papá Fidel por la afrenta”.

—“Esto no es con palabras, esto es con esto, dijo Papá Fidel al tiempo que sacó un fajo de billetes, de dos pesos, del pantalón”.

— ¿Cuánto apostaron?

—“Mil pesos, como decir un millón de pesos hoy”.

“El día señalado, Papá Fidel le pidió a Pedro Plazas, que administraba una funeraria, que le prestara una caja mortuoria sin adornar”.

— ¿Pedro Plazas vive?

—“No, ni el hijo, ni la funeraria”.

“Luego Papá Fidel le dijo a Fortunato:

—Vaya al cementerio y a lo que pase un entierro le dice que le deje sacar unas coronas, dígame que son para mí, para Fidel. Nadie se negó. Todos lo querían. Al féretro le echaron tres barriles. Caminamos por toda la calle sexta con el muertico. Pasamos por la calle dieciséis y al frente de la sede del Resguardo descansamos. En ese momento salieron los agentes a rendirle honores al muerto;

salió ‘La Pantera Negra’, Casilimas y Olaya. Se quitaron el sombrero” —Campitos hace el gesto de quitarse un sombrero imaginario y se ríe—. Cargamos el ataúd de nuevo y nos fuimos. Don Fidel llegó detrás del entierro y le dijo al señor Olaya:

—Quiubo, señor Olaya, ¿cómo que no le paso el aguardiente por la jeta? Si eso no es un cadáver, es un viaje que llevo para el barrio Samper Mendoza”.

— ¿Se pagó la apuesta?

—“No. Porque Papá Fidel le propuso a Olaya, a cambio del dinero de la apuesta, que fuera el padrino de bautizo de su niña Berta, y así limaron asperezas. Fíjese usted. Como se lo había ganado de enemigo y no lo dejaba pasar aguardiente lo volvió su compadre”.

La historia del Féretro se repite. Sí alguien oyó hablar de Papá Fidel escuchó esa anécdota. La cuentan los taxistas; la narran los bogotanos viejos, los llaneros; la reseñan algunos historiadores. La recuerdan a su modo. La memoria está llena de olvido y fantasía.

“Yo lo recuerdo, era contrabandista de aguardiente —dice Pedro Mora, de 74 años, en su casa situada en el centro de Villavicencio, una mañana de septiembre de 2010. Hizo una apuesta una vez con el Resguardo, la policía y el alcalde de Cáqueza de que no les pasaba por las narices el aguardiente. Y pasó con un entierro y resulta que el entierro era una caja mortuoria llena de aguardiente. La policía le hizo todo los honores al muerto, Papá Fidel hizo bajar la caja para mostrarles el cargamento. Le ganó la pelea a la Policía”, cuenta mientras suelta una carcajada.

Una anécdota jocosa de él fue cuando nombraron a un nuevo jefe del Resguardo:

—“Fidel, no siga contrabandeando aguardiente, le dijo.

—¿Cuánto apuesta a que el día tal, y le dio la fecha, por en medio de los dos palos del retén le paso el aguardiente?, lo retó Papá Fidel. El retén era arriba por el lado de Monserrate.

—Si usted me llega a pasar el aguardiente yo renunció, le dijo el del Resguardo. Y ese día pasó un carro y pasó otro con coronas, al rato pasó la carroza con el cajón mortuario. En el retén le rindieron honores los agentes de las rentas, porque a un muerto se le rinde honores. Y a lo que pasó la zorra destaparon ese cajón y estaba lleno de aguardiente. Entonces los cafuches se volvieron locos tomando trago y le echaron vivas a Fidel” —cuenta Luis Romero, el mismo que viajó desde Villavicencio al entierro del jefe de los cafuches, hace 64 años.

“Se afirma que fingía un día un entierro, y pasaba el féretro seguido por los dolientes hacia el centro, y entraba el cortejo fúnebre en una casa para el velorio. Al rato comenzaban a salir en todas direcciones emisarios con el aguardiente. El féretro estaba colmado de botellas”, reseña Carlos Ramírez en *Clarín* refiriéndose a la misma historia.

“Hizo una apuesta con un coronel de la policía que decía que no le iba a pasar aguardiente. Y ganó la apuesta porque montó un entierro y la caja del muerto estaba llena de aguardiente. Las mujeres lloraban e iban meciendo botellas de aguardiente en trapos que hacían pasar por niños”—recuerda Félix Cruz, sobrino de Papá Fidel, agregando nuevos detalles a la leyenda.

“En alguna ocasión que debía entregar un gran pedido de botellas llegó un cafuchito afanadísimo a decirle a Papá Fiel que era absolutamente imposible atravesar ni con una sola botella, pues los guardas estaban estacionados en los sitios más estratégicos, requisando minuciosamente a todo lo que entrara a la ciudad, ya se tratara de hombres, acémilas, camiones, automóviles—relata Fermín Fetecua en una crónica, el 19 de septiembre de 1946, para el semanario *Clarín*—. Don Fidel mandó al mismo muchacho a casa de un campesino que elaboraba ataúdes rústicos y le ordenó que le trajera dos de los más grandes. Cuando los tuvo en su poder, los pletorizó de botellas, apuntilló las tapas, hizo tejer rápidamente diez coronas con

helechos y las pocas flores que se pudieron encontrar y mientras unos hombres desconocidos bajaban los ataúdes en hombros, las mujeres iban llorando detrás del cortejo y los pequeños portaban las coronas”.

“Arriba de Rondinela, veinte guardas, que estaban de servicio, se descubrieron respetuosamente al paso del entierro, mientras que Papá Fidel, quien estaba oteando el resultado desde una loma cercana, reía casi hasta reventar —continúa su relato Fetecua—. Llegaron a la Plaza de Bolívar, bajaron por la calle diez, entregaron el pedido, desarmaron los cajos y regresaron las tablas al páramo para armar de nuevo los ataúdes, y puede decirse sin lugar a duda, que fue la única vez en la historia que los bogotanos saludaron reverentemente el caos de quién sabe cuántas espantosas borracheras”.

1928-1938. De esta década datan las mejores leyendas que se han forjado en torno a las estrategias de Papá Fidel para introducir el aguardiente en Bogotá y distribuirlo en tiendas de toda la ciudad. “Se afirma también que muchos de los cafuches bajaban a la ciudad trayendo los productos de las destilerías serranas en bolsas de caucho, entre el chaleco y la camisa, o que bajaban el aguardiente disimulado en cargas de leña, en el lomo de gentes de aspecto humilde —escribe Ramírez— O también se decía que los guardas solían cerrar un ojo del lado por donde el contrabando pasaba”.

En otra oportunidad, como lo cuenta Fetecua, lo cafuches ven que la pasada por el camino de San Cristóbal es imposible. Entonces, Papá Fidel mandó a su lugarteniente al Instituto de Ciegos a que contratara la orquesta para que los ciegos tocaran en un baile en una casa de Chipaque. Mientras los ciegos tocan, varios cafuches, luciendo gafas negras, y llevando cada uno a un lazarillo crecido, hacen varios viajes, arriba y debajo de los cerros, con las fundas de los instrumentos llenos de botellas.

Otra tarde, en una de las rondas en que todo el Resguardo se había volcado sobre el páramo, Papá Fidel, que sabía con anticipación de la incursión que se les avecinaba, hizo sacrificar en cada rancho una res —de acuerdo con las crónicas de

Fetecua—. Luego de haberle sacado las tripas, los cafuches rellenaron las barrigas de los animales con los aparatos de destilar, reverberos, anís, etc., mientras en los hornos las mujeres preparaban carne asada y café, para agasajar a los ateridos guardas que llegaban transidos de cansancio y con el barro arriba de las rodillas.

Tan pronto se sentaron a descansar, Fidel les ofreció sendos tragos de aguardiente legítimo, de la fábrica de licores departamentales. Después de que todos los guardas y sus jefes desayunaron y se calentaron alrededor del fuego, Papá Fidel gentilmente les ofreció transportarlos a la ciudad en sus automóviles, y todos aceptaron de buen agrado. Pero los dignos representantes de la ley, ignoraban que venían sentados encima de cien botellas de contrabando, que traían a la ciudad, camufladas en cada carro.

Una treta de la que se valió Fidel muy a menudo fueron los denuncios telefónicos ficticios. Llamaba una mujer, a veces un hombre, a la sede del Resguardo y delataba una enorme fábrica clandestina, daba la dirección y describía a los contrabandistas: numerosos, temibles, armados. Los agentes se dirigían de inmediato al sitio, que siempre quedaba situado al otro extremo de la ciudad, dejando el camino libre a los cafuches que llevaban el licor a las plazas del centro.

“Mi tío Fidel tenía gente que movía el aguardiente en el tranvía. Cada muchacho llevaba dos botellas en cada bolsillo del pantalón y una botella en cada bolsillo de la chaqueta, por eso no se podían ni sentar. Cuando la policía los veía se hacían los de la vista gorda, porque sabían que eran cafuches de mi tío” —dice Félix, a quien también apodaban cafuche, porque trabajó con su tío.

“Mi papá se inventó la forma de esconder su aguardiente en las tiendas, para escabullir la ronda del Resguardo— cuenta con picardía Tránsito Baquero, hija de Papá Fidel. El mostrador parecía una sola pieza de madera, pero en la parte de abajo habían puesto unas tablas de fachada y por adentro era hueco. Allí escondían las botellas de aguardiente”.

Tránsito, de 82 años, recuerda las historias de su papá, una mañana de octubre de 2010, en su casa de Medellín. Reconoce que son historias que tanto ella como su

hermano, Ángel María —los dos únicos familiares directos de Papá Fidel— que tenían enterradas. Los recuerdos de su papá, el más grande contrabandista de aguardiente de todos los tiempos, se han ido perdiendo con el paso del tiempo, como se han perdido las cartas, las fotos y los artículos de prensa entre el descuido y los trasteos.

El primer capo

El contrabando se convierte pronto en un negocio floreciente. Fidel ya no se oculta de los guardas. Camina a pleno día por la ciudad. Atrás quedaron los días en que el rey de los cafuches se jugaba la vida y la libertad contrabandeando directamente. Papá Fidel dirige y planea el negocio. Con 38 años, es el capo con el emporio de contrabando, hasta entonces, más grande de la historia de Colombia. “Nunca hasta el momento había habido en el país un negocio de contrabando a esa escala; establecido técnicamente, con armas, con red de distribución, con servicios de información y de espionaje. “La policía de rentas se estaba volviendo loca —escribe Ramírez—. El contrabando era un fantasma que crecía por momentos, que aparecía en todas partes, que amenazaba causar daños de mucha consideración a las rentas del departamento”.

El aguardiente que sacaba Papá Fidel era considerablemente más barato, el trago valía entre dos y cinco centavos y la botella entre 60 y 80 centavos. Mientras que una botella de aguardiente de las rentas del departamento tenía un precio mínimo de 3 pesos con 60 centavos, establecido por la llamada ‘Ley seca’ de 1923, en su artículo 12. La gente prefería el aguardiente del páramo porque decían que además tenía propiedades curativas y alimenticias.

“Ese aguardiente sí era de alimento, porque lo ponían a cocinar con una pata de res, entonces la sustancia de la carne quedaba. Nosotros hoy en día sólo lo aromatizamos con hierbas” — dice Jaime, ‘El mono’, Ramírez hijo de un cafuchero de Papá Fidel, un viernes lluvioso de octubre de 2010, en su puesto de comida

sobre la avenida circunvalar —frente a Monserrate— en el que aún se consigue aguardiente casero, aromatizado con hierbas.

“No había nada más bendito que un buen aguardiente de hierbas para el reumatismo, la gripe, y los males del corazón”, dice María Ramos, de 67 años, en su puesto que mira el cerro de Monserrate, en el que a escondidas todavía vende aguardiente artesanal, la misma mañana lluviosa.

La batida de León

—“Cogieron a Papá Fidel”, dijo exultante el cronista, un martes primero de mayo de 1936.

Cayó.

Cayó en una batida de la policía, organizada por el prefecto de seguridad, el general Alfredo J. de León. Precisamente, para la época que capturan a Papá Fidel, después de años de pasearse libremente por las calles sin ser arrestado, se inició la vigencia de la ‘Ley Lleras’, llamada así en honor del entonces ministro de Gobierno, Alberto Lleras Camargo. “El primer ensayo (de la ‘Ley Lleras’) ha resultado excelente. No había antes manera leal de detenerlos, ni a él ni a los de su cuadrilla, porque, astutos como son, probaban la coartada y no se dejaban coger nunca con las manos en la masa” (*El Tiempo*, 1 de mayo de 1936).

El general de León se hizo cargo de la Prefectura de 1934 a 1938, durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo. “El general, se puede afirmar, fue un pionero de la lucha sistematizada contra la delincuencia (...) Organizó archivos prontuarios, procuró la especialización del detectivismo y se esmeró particularmente en la limpieza de la ciudad por lo que se refiere a vagos, rateros y maleantes”, escribe Felipe González Toledo en una crónica del semanario *Sucesos* del 24 de mayo de 1956, que recuerda esa época.

Fueron famosas las batidas del general de León: “Agentes secretos y policía uniformada cerraban determinadas bocacalles y estrechaban el cerco sobre cafetines y prostíbulos, garitos y hospedajes de lance, para echar el guante a cuanto sujeto sospechoso hubiera por allí —explica González Toledo—. Con rateros y tahúres, mujerzuelas y vagos, en los camiones de la policía fueron a dar a los patios de las divisiones no pocos trasnochadores honorables que en apuros se vieron primeramente para justificar su presencia en los lugares frecuentados por gentes de mal vivir, y luego para justificar la nocturna ausencia de sus hogares”.

Mientras esto pasaba, la captura de Papá Fidel era definitiva: “No hubieran puesto mayor euforia los taurófilos en gritar: “Llegó Lalanda”, o los cineastas en decir con los ojos entornados: “Ahí está Marlene Dietrich”. O los intelectuales en pasarse la voz: Don Miguel de Unamuno, Marañón, Ortega y Gasset ad portas. Es que el pliegue emocional hace que sean de determinadas aguas las emociones que corren. Para quien vive enterándose de los hechos de policía y llevando estrecha cuenta de las fechorías descubiertas de los maleantes, una captura como la de Papá Fidel es como la del Negus para los italianos (...) Papá Fidel resulta así un buen número. Es mejor que el boa constrictor o que el tigre de Máxima para el zoológico. Es un objeto de curiosidad. Y para el cronista es una mina.”, *El Tiempo*, 1 de mayo de 1936, sin firma.

La Ley ‘Lleras’ conseguía lo insospechado, que el jefe de los cafuches, el rey del contrabando, estuviera preso. “Ahora ya fue posible buscarlos en sus cuevas. Y hallarlos dormidos, descansando de la brega, al lado de sus troqueles, de sus botellas y de sus puñales. En pos de Papá Fidel siguieron Raspacielos y Cuernoevaca, sus edecanes, sus dos brazos. Los otros se fueron entregando. Todos dicen que son honrados y trabajadores, que nada se les podrá probar. Como no les vaya a dar ahora por llamarse conservadores, y vamos a tener a los diarios de la oposición con el grito en el cielo, por haber llevado a la cárcel a papá Fidelito, tan bien cedulaado y tan católico. Por lo pronto ya duerme como un niño, custodiado por las armas oficiales. El único que vela es el cronista”, escribe el periodista de *El*

Tiempo, en la nota de mayo de 1936, quien para la época desconocía que Papá Fidel era un liberal entregado, que estuvo en contacto con los políticos más populares de la época, empezando por Jorge Eliécer Gaitán y el concejal barranquillero Efraín Cañavera.

Domingo de venta y muerte

Papá Fidel no duró mucho en la cárcel, como otras veces. Sin embargo, el panorama para sus negocios había cambiado. La Ley ‘Lleras’ recrudeció los enfrentamientos entre los cafuches y las autoridades, ahora insobornables y severas. El 24 de agosto de 1936, tres meses después de la batida en la que capturaron al rey del contrabando, en la última página de *El Tiempo*, en una sección llamada “Hampones y Policiales” salió una nota titulada: “Arturo Medina, capitán de contrabandistas, muerto ayer”. Arturo o José Pedro Medina, como en verdad se llamaba, era uno de los lugartenientes de Papá Fidel y gozaba de fama y prestigio en el gremio de los contrabandistas de aguardiente.

Medina estaba al mando de los guacharacos, una subdivisión de los cafuches, “la más interesante por su peligrosidad y valor de sus miembros”, sostenía el periodista que registró la nota. Papá Fidel, en palabras del cronista, “hombre omnipotente, adinerado, respetado y temido”, había logrado “la más perfecta y completa organización de contrabandistas” que existió en la época. “Papacito Fidel Baquero tiene dos automóviles en los cuales transporta el aguardiente a Bogotá para colocarlo en los expendios de la plaza central de Mercado y ordena, distribuye, manda y sostiene un verdadero colegio de abogados y tinterillos que se encargan de ventilarle sus pleitos en los juzgados de rentas”.

Los cafuches no sólo habitaban ranchos perdidos en los cerros de Monserrate y Guadalupe, en donde destilaban grandes cantidades de aguardiente en alambiques y ollas, de manera rudimentaria, también tenían la más perfecta red de espionaje. Nadie se movía sin que ellos supieran, sobre todo los agentes del Resguardo.

Ese domingo de madrugada, devotos, amanecidos, vendedores, contrabandistas y maleantes, empezaron a llegar a la estación del funicular, en el Paseo Bolívar, dispuestos a subir el cerro para pasar las primeras horas de la mañana en el santuario de Monserrate. Desde la una de la mañana se establecieron de acuerdo con la tradición, los puestos de venta de “fritanga”, agua de panela y aguardiente en los sitios cercanos.

Cumpliendo su labor, numerosos agentes del Resguardo departamental, armados de grasses (fusiles de fabricación francesa) y revólveres, llegaron también desde las primeras horas de la mañana a las vecindades de Monserrate a perseguir a los contrabandistas. La Ley ‘Lleras’ creó un verdadero estado de guerra entre cafuches y agentes: no podían verse.

“El domingo es de gran actividad para los contrabandistas y se consume casi la totalidad del aguardiente ilegal que se saca de la serranía”, escribe el cronista. Algunos cafuches, con sus cafuchas, con el fin de organizar el expendio del día, se situaron en las faldas del cerro, otros salieron al camino y al funicular, y otros más esperaron la venta en la cima de Monserrate. Todos ofrecieron a los visitantes tragos de exquisito aguardiente, por valor de cinco centavos, y botellas enteras del anisado, por 80 centavos.

Ese día entre ese grupo estaban los guacharacos Hipólito Pachón, Julio Sandoval, Leo Nieto, Jorge Gómez, Alberto Varela y el capitán de la banda Arturo Medina, que sostenía una botella de anisado y de cuando en cuando ofrecía tragos a sus compañeros.

Algunos metros al norte de la entrada principal del funicular, Medina se topó con el guarda Marco A. Santamaría y, tal vez un poco tomado, le ofreció al agente una copa de aguardiente de contrabando. Santamaría se negó. Medina insistió. Cruzaron algunas palabras y se fueron a los golpes. Entonces Santamaría —que

estaba acompañado por el guarda Roberto Alarcón—, desenfundó su revólver, marca Joston, calibre 28 largo, y disparó casi a quemarropa sobre Medina, que cayó herido.

Los cafuches atacaron al guarda, según la información de la policía, con ánimo de vengar a su amigo y patrón. Los curiosos que llegaron a la escena se pusieron de parte de los cafuches. Los dos guardas huyeron por las peñas de la montaña, haciendo disparos al aire. Testigos presenciales afirmaron que Santamaría, dando muestras de espantosa exaltación, gritó: “Al que se acerque lo mato porque yo soy santandereano”.

Al día siguiente, el juez Bueno Cabrera ordenó la captura de los dos guardas que se entregaron sin oponer resistencia y fueron detenidos en los calabozos bajo las órdenes del juzgado séptimo de instrucción criminal. Se supo que a las cuatro de la tarde, los dos agentes presos fueron llevados a los cuarteles del Resguardo, por la intermediación de su jefe.

Mientras tanto, en la sala de urgencias del hospital San Juan de Dios, el médico de turno, expedía el certificado de muerte de ‘Arturo’ Medina: “herida penetrante de bala en la parte frontal del cráneo”, decía. Su cuerpo fue llevado al anfiteatro de San Diego.

Los temibles cafuches

Las reyertas entre los cafuches y el Resguardo nutren las páginas judiciales, y la prensa, en su mayoría liberal —como el Gobierno de turno—, le va quitando el carácter folletinesco y picaresco a los cafuches de Papá Fidel, para retratarlos como contrabandistas peligrosos y puñaleros.

“Resulta que Papá Fidel es el jefe de una banda de los llamados “cafuches”, monederos falsos, y contrabandistas; que nunca andan sin puñal, sin

manopla, sin garrote, y que unas veces como defensa contra los agentes de rentas y los empleados de la autoridad, y otras veces como consecuencia del licor y de la discusión, con extraños o entre ellos mismos, esgrimen lo que primero hallan a la mano, y así caen unos con la cabeza abierta, rasgado el vientre, o con una perforación en los brazos, en las piernas, en la caja del cuerpo, en medio de maldiciones y de aullidos” (*El Tiempo*, 1 de mayo de 1936).

El poeta y escritor Rogelio Echavarría, en la introducción del libro *20 crónicas policíacas*, de Felipe González Toledo, cuenta cómo a pesar de que el cronista bogotano se sentó a tomar aguardiente, con cierta familiaridad, con el rey del contrabando en una de sus tiendas, estuvo amenazado de muerte posteriormente por Papá Fidel. Una historia que quedó al margen y que Toledo se llevó a la tumba.

Sin embargo, González Toledo, sin referirse a su anécdota personal, describió esa faceta temible de Papá Fidel y sus cafuches en varias de sus crónicas judiciales, y la dejó apenas esbozada en su columna *Hace 50 años* de *El Tiempo*, de 1986, cuando recordó la noticia del 21 septiembre de 1936, que él mismo cubrió desde *El Espectador*: “Cuidado con los cafuches”, tituló. “Los destiladores clandestinos de aguardiente, que desarrollan sus actividades clandestinas en los cerros del oriente de Bogotá, están dando muestras de peligrosidad. En repetidas veces han atacado a grupos de excursionistas, casi siempre jóvenes estudiantes. Los peligrosos subalternos de Papá Fidel Baquero dan a entender que confunden a los excursionistas con guardas de las rentas departamentales de licores”.

“Los cafuches del cerro de Guadalupe fueron protagonistas de formidable escándalo ayer. Confundiéndoles con empleados de las rentas departamentales, varios cafuches a las órdenes de Blas Roncancio, teniente de la organización, atacaron a mano armada a un grupo de excursionistas pacíficos que caminaban por los cerros”, escribe el cronista anónimo de *El Tiempo* el lunes 21 de septiembre de 1936.

A las primeras horas de la mañana el grupo de excursionistas guiado por Teófilo Rueda Gómez emprenden el ascenso del cerro de Guadalupe. Llevan carnes, fiambres y panes en mochilas y morrales. Antes de llegar a la cumbre son interceptados por Blas Roncancio, quien hace preguntas de rutina:

—“¿A dónde van?, ¿quiénes son?, ¿por qué suben al cerro?, ¿son agentes del Resguardo?, de ser así les va a ir muy mal”, narra el diálogo el cronista de *El Tiempo* en la nota de primera página del 21 de septiembre de 1936.

Rueda Gómez responde el interrogatorio como mejor puede y aclara que son excursionistas, en su mayoría estudiantes universitarios, que nada tienen que ver con los agentes de rentas. Entonces Roncancio los invita a una casa arriba del cerro. Los caminantes aceptan encantados. Llegan a un rancho destartalado en donde están cerca de diez personas, cafuches y cafuchas, tomando aguardiente, destilado en esas peñas, y bailando al son de dos o tres tiples. Los excursionistas se unen a la juerga.

De pronto llega un jinete en una mula cargada de cantinas repletas de aguardiente y le dice a Roncancio algo que sólo él puede entender. Al minuto siguiente el teniente de los cafuches, sin mayor explicación, la emprende en contra de los excursionistas, pegándoles palazos.

“A los pocos momentos aquello era un zafarrancho descomunal y terrible —escribe el cronista de *El Tiempo* acerca del incidente—. Los cafuches y las cafuchas vapulaban con gran voluntad a los jóvenes deportistas, quienes, para salvar el pellejo, tuvieron que huir, a toda carrera, rodando aquí y cayendo allá, hasta llegar a las faldas del cerro, sitio más poblado y menos salvaje. En este punto, Rueda Gómez dio aviso a un policía que halló”.

De disparos y puñaladas

Dos años después, en 1938, las pugnas entre los guardas y los cafuches eran cada vez más sangrientas y frecuentes.

El 28 de agosto de 1938 es domingo. Los guardas del Resguardo tienen un enfrentamiento con los cafuches, cerca a los chircales de La Perseverancia. La noticia la reseña *El Tiempo* al día siguiente. Marcos Flórez, cafuche reconocido, es llevado en la madrugada del lunes al juzgado central de Bogotá, herido por disparos de revólver. El juez de turno atiende la denuncia:

—Estaba en mi casa, situada en los chircales de la calle 44 con carrera séptima, cuando se presentaron varios agentes de las rentas, uno de los cuales manifestó que yo era contrabandista, sacó su revólver y me disparó cuatro veces. Tres de los proyectiles me hirieron. Luego se fueron sin esperar a que los demás cafuches llegaran.

Luego Flórez es llevado de urgencia a la policlínica.

A las ocho de la mañana de ese mismo día llega al juzgado Alejandro Díaz, guarda de las rentas de Cundinamarca, quien había sido herido de varias cuchilladas. El juez de turno atiende la denuncia:

—A las cinco de la mañana me dirigí, en compañía de los guardas Julio Lara, Bonifacio Ospina, José Díaz y Urias Bernal, a rondar y decomisar contrabando en los chircales de carrera séptima con calles 44 y 45. Al llegar a la casa, acusada por un mismo cafuche de tener contrabando, salió un hombre vestido con pantalón oscuro de dril y camisa blanca, que al vernos nos atacó con una navaja. Nosotros nos fuimos para evitar una tragedia.

“Parece que en los chircales de la 44 se desarrolló un verdadero combate entre el bando de los cafuches y el de los guardas de rentas, y que a consecuencia de él resultaron dos heridos, uno de cada bando. Tanto el cafuche Flórez y el guarda Díaz fueron hospitalizados, pues las heridas son de bastante gravedad”, dice la nota de *El Tiempo* después de relatar los dos testimonios.

Las denuncias mutuas pasan al juez criminal, el único que podrá aclarar la verdad de la tragedia, que los dos heridos se cuidaron de contar.

La guerra entre cafuches

A finales de 1938, mientras Alemania estaba a punto de invadir Checoslovaquia., y en España se libraba una batalla sangrienta que dejó —al sexto día de la ofensiva de Franco en Ebro—, las bajas más numerosas de toda la Guerra Civil, en Bogotá, el general De León y los cronistas judiciales alertaban sobre la tragedia que estaba a punto de estallar.

“En caso de que no se llegara al arreglo deseado por los jefes, el campo de la lucha contemplaría a más de mil contrabandistas, todos armados, en pugna sangrienta, eliminándose mutuamente en aras de rivalidades que tienen sus raíces en la vieja amistad que sostuvieron dos hombres que hoy figuran como comandantes supremos de las fuerzas —escribe el cronista judicial de *El Tiempo* a mediados de agosto de 1938—. La policía teme que de un momento a otro se registre una tragedia sin antecedentes en Bogotá, debido al grado de perfección en la organización a que han llegado los bandos de cafuches que se disputan la supremacía de los mercados de la ciudad y contra los cuales han resultado estériles y dolorosas todas las batidas intentadas por los agentes del Resguardo”.

Las dos bandas de cafuches, con el poder de sus armas y de sus hombres, se pueden enfrentar en cualquier momento. Una de ellas es la de Papá Fidel, quien tiene sus alambiques en las estribaciones de los cerros orientales; y la otra está bajo el mando de un hombre misterioso, que no ha revelado su nombre, tiene sus negocios de contrabando en los barrios del norte de la ciudad y vive en una casa lujosa de La Culebrera, custodiada por dos robustos guardaespaldas.

La pugna, la rivalidad y el odio existen entre los dos bandos. Pero sólo se hacen evidentes, según los cronistas judiciales, en la tragedia del 12 de octubre de 1938, cuando Carlos Alba se desplomó, herido por tres disparos de revólver.

—“Papá Fidel hirió de muerte a uno de sus lugartenientes”, tituló *El Tiempo* en primera página el 13 de octubre de 1946 —hasta ese momento Carlos Alba era hombre muerto—.

“Fue el propio Fidel quien tomó la represalia violenta, que le acarreará serías complicaciones. Fidel Baquero es ampliamente conocido como un sujeto pacífico, respetuoso de la autoridad, benévolo, afectuoso con sus legionarios de Monserrate y fiel jefe de los contrabandistas; sin embargo, ahora se revela como un hombre peligroso, quien intenta confirmar a sangre y fuego el predominio sobre los cafuches” —relata el cronista en *El Tiempo* al día siguiente, 14 de octubre, cuando ya se sabía que Alba estaba fuera de peligro, en la Casa de Salud de la Peña, después de sobrevivir a una complicada cirugía—.

El miércoles 12 de octubre, a las diez de la noche, Carlos Alba toma aguardiente en compañía de varios amigos en la tienda de Abdegano Sierra, situada cerca a la plaza de Mercado. Tiempo después, se estaciona frente al establecimiento un Sedán Buick, azul petróleo. El Buick de Papá Fidel, que siempre maneja Víctor, su hombre de confianza —‘el bobo Víctor’, como le dicen de cariño—. Se bajan del carro Papá Fidel y su sobrino Juan de Dios Cruz Velázquez, su mano derecha en todos los “negocios”. Entran a la tienda, se acercan a la mesa de Alba, y le disparan simultáneamente. Alba cae herido: un proyectil le atraviesa la garganta y dos más le laceran los brazos. Los agresores enfundan sus revólveres y salen a la calle. La policía, después de una larga persecución, los captura esa madrugada y los lleva a los calabozos de la calle novena.

“En el cincuenta, cuando salimos de policías, los colegas más viejos nos contaban las historias de sangre que protagonizó Papá Fidel —cuenta el brigadier general, Fabio Arturo Londoño Cárdenas, quien a finales de los años cuarenta patrulló como policía las calles bogotanas—. Se sabía que nada se hacía sin su permiso. Y como todo jefe de banda en un primer momento se imponía por la fuerza, por ciertas características de caudillo que tenía, y en un segundo momento, por la violencia. Toda persona que lo traicionaba se

moría. Eso era algo tan definitivo que nadie se atrevía a poner en duda su autoridad”.

Recuerda Londoño, de 82 años, hoy director del Centro de Pensamiento Policial, quien hace 60 años llegó de Antioquia a Bogotá buscando fortuna y empezó su carrera en la Policía. Lo dice una mañana septembrina de 2008, en su imponente oficina, llena de libros viejos y de papeles apilados, donde hoy se dedica únicamente a leer y a escribir.

Carlos Alba es un cafuche, de alto mando, que se distanció de Papá Fidel para trabajar con los de La Culebrera. Por lo tanto, pronto se convirtió en enemigo del jefe de los contrabandistas de Monserrate, de acuerdo con el periodista de *El Tiempo*, en nota del 14 de octubre de 1946.

“Varias personas han querido negar la pugna existente entre los cafuches y aseguran que las rivalidades no pasan de ser imaginaciones reporteriles fraguadas para uso y explotación periodística —escribe el cronista judicial de *El Tiempo* el 15 de octubre de 1938—. Los que hacen esta aseveración son los mismos contrabandistas atentos siempre a ocultar sus propios problemas para protegerse de la publicidad que los perjudica notablemente, como empieza a notarse ahora en los mercados del aguardiente”.

“Carlos Alba tenía una tienda en frente a mi papá— cuenta Ángel María Baquero, hijo de Papá Fidel. El problema entre ellos dos fue porque Carlos le pegó a mi primo Juan de Dios Velázquez. Entonces mi papá fue con Juan de Dios a hacerle el reclamo, el hombre se puso de grosero y mi papá como que le pegó un balazo. Pero él no murió A los quince días ya seguía con el negocio”.

En la sala de un apartamento en Medellín, Ángel María recuerda a su papá con nobleza y con cariño una mañana de octubre de 2010. Para ‘Michín’, como le dice la familia de cariño, su papá no fue la persona calculadora y fría que es capaz de matar para controlar el negocio de contrabando.

Dos días después de la tragedia, el 14 de octubre de 1938, mientras Papá Fidel y su sobrino, Juan de Dios, rinden indagatoria por descargar sus revólveres sobre Alba, en el juzgado quinto, el aguardiente sube un centavo por trago en los mercados de contrabando. Las existencias comienzan a escasear. Los cafuches, atemorizados por lo ocurrido, han apagado los fogones de Monserrate desde la madrugada en que llegó la noticia. En las tiendas se cree que si la situación no se normaliza el aguardiente seguirá al alza.

A las afueras del juzgado, cerca de 40 cafuches, de bando y bando, temerosos de que el incidente traiga nuevas represalias piden unificar los bandos o, al menos, esperan un pacto de no agresión. —relata la crónica de *El Tiempo* del 15 de octubre de 1938—.

—“Con esto se quiere rendir un homenaje de cariño y lealtad a Papá Fidel, el hombre bondadoso y bueno que ha encauzado el movimiento hasta colocar el cafuchismo como una profesión al margen de la ley, pero respetada por las mismas autoridades”, dice el periodista de *El Tiempo* en nota del 15 de octubre de 1938.

“Datos aproximados indican que actualmente 1.500 personas, entre hombres mujeres y niños, derivan el sustento diario del contrabando; al concluirse la profesión quedarían todas esas numerosas familias sin medios para ganarse la vida honradamente. Este es otro de los factores básicos que inducen a los dirigentes de los cuadros enemigos a buscar un arreglo amigable y un acercamiento basado en la palabra de caballeros y en fundamentos de lealtad”, expresa con preocupación el reportero de *El Tiempo*, en tiempos en que la información y la opinión se mezclaban alegremente..

Se sabe que los dirigentes de los dos cuadros rivales han tenido varias conversaciones para ver la manera de llegar a un acuerdo que liquide las rencillas existentes. Hoy en la tarde —15 de octubre de 1938— se espera que se formalice el convenio y se apacigüen los ánimos.

Comienza la fortuna

La dirigencia de la banda de cafuches le ha dado a Papá Fidel la rentabilidad suficiente para invertir, desde finales de la década de los treinta, en otros negocios, lícitos e irreprochables. La tiendecita que atiende María Latorre en el Alto de la Cruz está muy bien surtida, y con el producto de ella se construye una casa propia, con un sótano amplio.

—*“Nosotros nos criamos en el barrio Egipto, arriba de la iglesia, en un paraje que se llamaba el Alto de la Cruz —cuenta Tránsito, la hija de María Latorre y Papá Fidel. Esa casa tenía un sótano inmenso en donde mi papá fabricó primero su guarapo, por totumadas, y luego pita y aguardiente. En las fiestas de Guadalupe era cuando más se vendía”*.

El jefe supremo de los cafuches también establece tiendas en la Plaza de Mercado. No una, sino muchas, bien equipadas y servidas por personal que lo adora. “Las tiendas produjeron muy pronto buenos rendimientos y el señor Baquero pudo adquirir otras construcciones” —escribe Carlos Ramírez en *Clarín* el 3 de octubre de 1946—.

De esta forma pudo comprar lotes y edificar, con ayuda de amigos obreros, la casa del Barrio Restrepo, adonde se trasladarían María Hilda Latorre y sus cuatro hijos: Bertilda, Inés, Ángel María y Tránsito Baquero, “*En esa casa, después de muchos años, hubo una fama de la familia Rojas y hoy queda un almacén de venta de toda clase de pinturas*”, dice Tránsito. También construyó una casa y una tienda en el Samper Mendoza.

“*Me acuerdo que mi papá llegaba al concesionario de Leónidas Lara, que quedaba en la carrera 13 con carrera 13, donde queda San Victorino, un gran concesionario que importaba carros, y el señor Lara le dejaban llevarse lo que quisiera. Sin dar un peso por adelantado—dice con orgullo Ángel María—*.

— *¿Qué quiere don Fidel?, llévese lo que quiera. Usted sólo necesita sacar ese carro con una firma, le decía Lara a mi papá.*

Así llegó a tener varios carros de marcas Ford, Chevrolet y Doge. Pero a pesar de tener muchos, su carro favorito siempre fue un Buick, cuatro puertas, azul petrolizado, un carro potente, de 8 cilindros”.

“A Papá siempre le gustó andar bien vestido, y cuando tuvo dinero no escatimó en eso—cuenta Tránsito Baquero—Su sastrería era la Sastrería Parrado, que quedaba en el segundo piso del Pasaje Hernández —en la calle doce entre carreras séptima y novena—allí iba, como todos los bogotanos elegantes, y le encargaba sus trajes al señor Parrado”.

Posteriormente, inició La Cooperativa de Transportadores de Oriente, junto con su sobrino Juan de Dios Velázquez Cruz, la cual llegó a tener cerca de 50 socios, cada uno propietario de algunos camiones. Papá Fidel tenía cinco camiones que viajaban de Villavicencio a Bogotá y viceversa. De la capital llevaban maquinaria, mercancías y una que otra botella de aguardiente de contrabando, y del Meta venían cargados de arroz, café, yuca y otros productos agrícolas de la región, que se vendían en la plaza de mercado de La Concepción, situada hoy en San Victorino.

“Con parte del dinero acumulado en años de aventuras y de estar al margen de la ley como jefe único de los ‘cafuches’, formó una gran flota de transporte, con numerosos camiones. Así que el sepelio del célebre y conocido antiguo contrabandista estaba encabezado por un gran desfile de buses y automóviles” *El Liberal* 10 de septiembre de 1946.

“Es difícil determinar hasta qué punto en los últimos años de su vida se dedicaba al contrabando de licores o a la fabricación de guarapo, pita y aguardiente. —escribe Carlos Ramírez en el *Clarín*, el 3 de octubre de 1946—. La verdad es que sus negocios lícitos marchaban a la perfección. Distribuía su tiempo de una forma impresionante, viajaba constantemente al llano a la finca La Selva, que tenía con su sobrino Adolfo Hernández, estaba de vuelta en Bogotá revisando que las tiendas prestaran un servicio eficiente y sabía cuál era el estado de cada uno de sus camiones

y flotas. Tenía una capacidad infinita para encontrar fácilmente cualquier tornillo que funcionara mal en sus negocios”.

Al final de sus días, también era uno de los dueños, junto con su sobrino Adolfo Hernández, de la finca La Selva, más de 200 hectáreas cerca de Río Negro (Meta) para criar ganado y cultivar arroz a gran escala. En Villavicencio también era propietario de una casa en el barrio Espejo —en donde murió— que cuidaba su sobrina María Helena Cruz. Hoy queda en esa casa una sede de la universidad Minuto de Dios y según Edgar Velázquez, sobrino segundo de Papá Fidel, el primer piso está casi idéntico a los días en que allí llegaba Papá Fidel, 64 años atrás.

Su fortuna, calculaban los cronistas judiciales el día de su muerte, estaba entre \$300.000 y \$1.000.000 de pesos (lo que equivaldría a unos \$300 y \$1.000 millones de pesos hoy en día). Una suma nada despreciable para alguien que empezó siendo un humilde cafuche y no terminó la primaria.

“El chico fue matriculado en la escuela de Cáqueza, y allí estudió dos años, al cabo de los cuales, con los conocimientos rudimentarios de lectura y escritura, y las primeras nociones de aritmética, fue retirado para que ayudara a las necesidades de su hogar”, dice Carlos Ramírez en *Clarín*.

El Padrino

Todos los muertos son buenos, se comenta popularmente.

La diferencia es que cuando Fidel Baquero murió no hubo en Colombia un muerto más bueno que él; ni uno más llorado; ni más extrañado por la gente, en especial, por las personas humildes, que eran la mayoría. Su padrino había muerto.

Los mismos cronistas judiciales no pudieron ocultar su admiración por el mayor contrabandista, querido sin límites en las barriadas y arrabales por su generosidad, y respetado en los bajos fondos del Paseo Bolívar y la plaza central de mercado de La Concepción.

“Según el decir de muchos tenía un corazón de filántropo, puesto que ayudaba a mucha gente y no menos de dos mil personas vivían de sus múltiples negocios (...) Tenía la costumbre de sostener familias pobres y velar por la educación de muchos niños hijos de sus antiguas camaradas” (*El Liberal* 10 de septiembre de 1946).

“Dinero malavenido pero piadosamente distribuido. Este fue el secreto de su fama. Si bien las acciones de Papá Fidel no estuvieron, cuando era amo absoluto del cafuchismo, en acuerdo con las leyes, no por eso dejó de tener un buen corazón, magnánimo para cuantos estaban bajo su dominio, pero también castigador para quienes le llegaran a ser desleales (*El Espectador*, 10 de septiembre de 1946).

“Era un verdadero padre dispuesto siempre a servir”. (*Clarín* 11 de septiembre 1946).

“Papá Fidel era muy conocido por las múltiples actividades que por más de 20 años estuvo sosteniendo como contrabandista y jefe supremo de los cafuches de la capital, para quienes era un verdadero padre, dispuesto siempre a servirles cuando por cualquier circunstancia caían en desgracia, por lo que era muy querido y respetado” (*El Liberal* 11 de septiembre de 1946).

“La ilimitada generosidad de Papá Fidel, que se ha hecho proverbial en ciertos sectores de Bogotá, rodeó a don Fidel Baquero de un cariño muy común. Distribuía cuanto podía entre las gentes necesitadas, y nunca quedó sin su apoyo la viuda de alguno de sus amigos, ni dejó de recibir quien necesitaba de él la ayuda necesitada. Esto le creó una gran simpatía en Bogotá y cualquier persona se prestaba gustosa a colaborar en las operaciones de Papá Fidel” (*Clarín*, 19 de septiembre de 1946).

Las personas que lo conocieron también dan fe de sus bondades. En su época fue comparado con Robín Hood, y con el reconocido ladrón bogotano José Raimundo Russi, de la época de la independencia, que robaba a los nobles para darle a los más necesitados. Hoy en día es difícil no comparar ese talantecaritativo que tenía Papá Fidel con el que decían tenía el narcotraficante antioqueño Pablo

Escobar: los dos trabajaban al margen de la ley con contrabando; los dos eran amados por el arrabal.

“Papá Fidel quería que la gente viviera bien. Trabajaran sí, pero con honradez. La gente por Papá Fidel se hacía matar —relata Luis Romero, quien contó su historia a la entrada de su casa en el barrio Caudal, Villavicencio. Y los del Resguardo, cuando veían a esos cafuches bravos metían el rabo entre las patas. Lástima que esa gente se acabe. Porque si don Fidel no se hubiera muerto así —se queda en silencio—... bueno, de pronto lo matan”.

“Conmigo era muy bueno y detallista, pero la verdad era que con todos era bueno —dice Félix Cruz, sobrino del jefe cafuche. Una vez venía a sacar de la cárcel de Cáqueza a una mujer que estaba presa por contrabandear aguardiente cuando vio a mi mamá presa. Mi mamá Bertilda contrabandeaba trago como él, pero ella lo hacía en Cáqueza, chicha y aguardiente. Cuando mi tío Fidel la vio le dijo a los policías:

—Qué está haciendo mi hermana aquí, dijo, y ordenó inmediatamente que la soltaran, y así lo hicieron los policías”.

“Era más humanitario —apunta Campo Elías Rodríguez, su cafuchero de confianza del barrio Egipto—Siempre llegaron a pedirle para los sepelios y él siempre decía:

—Mande a hacer la caja, las exequias van por cuenta mía. Cuando mi papá murió, yo estaba pequeño todavía, Papá Fidel me dijo:

—Vaya, dígale a Pedro Plazas que haga la caja.

—Pero yo no tengo con qué pagarle, le dije.

—No se afane, chino pendejo, me respondió y costó el entierro de mi papá.

Todo esto pa’ arriba era de él —señala las casas marginales que están en la loma del barrio Egipto—.

—Páguenme 50 centavos por las piezas, pero me ayudan a cuidar para que no me vaya a joder el Resguardo, decía. Era muy amplio.

Siempre, cuando había una fiesta, me convidaba.

—Campo Elías lo esperó. Siempre daban buena comida. Mataban un cordero, daban sobrebarriga. Unos fiestonones.

Era cierto que era un papá, un padrino, un humanitario. Hasta había policías que lo estimaban”.

—“El era muy generoso, muy caritativo. Ayudó a mucha gente. Cuando llegaba a Villavicencio siempre era una juerga, mi tío traía de todo —dice Beatriz Salazar, sobrina en segundo grado de Papá Fidel e hija de María Helena Velázquez Cruz, quien recibía en el barrio El Espejo al rey del contrabando. Nos daba plata. Cuando mis hermanos mayores hicieron la Primera Comunión mi tío Fidel les hizo una fiesta y trajo champaña casera, la llamada pita. Hubo una comilona; mamona, marrano, de todo”.

“A la plaza de mercado llegaba la gente pobre a decirle a mi papá—dice Ángel María, hijo menor de Papá Fidel:

—Ay, don Fidel, mire que tengo a mi niño enfermo y no tengo plata para comprarle los remedios.

En esa época había una droguería en la cuadra siguiente a la tienda, en la novena con once, La droguería de Rafael Aguilar, un muy buen amigo de mi papá. Entonces mi papá le decía:

—Vaya donde Rafael y que le dé la droga, luego dígale que me llame para saber cuánto tengo que pagarle, decía. Esa ayuda la tuvo con mucha gente y en sus tiendas de la Plaza de Mercado, que abría desde las cinco de la mañana, nunca le negó un almuerzo ni un desayuno a nadie”.

Fidel el liberal

“Mi papá era muy liberal. Si hubiera vivido el 9 de abril seguro lo matan o se hace matar porque era muy amigo de Jorge Eliécer. Hacía reuniones políticas con él en la plaza de Egipto—cuenta Tránsito, la seria Tránsito, desde su casa en Medellín— Y reunían mucha gente. Daban buen piquete, y ponían música de vitrola. Nosotros conocimos a Gaitán así”.

El rey del contrabando vivió conscientemente la caída del Partido Conservador. A sus 34 años vio como los conservadores perdían el poder político después de 44 años. Alfredo Vázquez Cobo no conseguía las mayorías que Enrique Olaya Herrera obtenía. Olaya le devolvía la esperanza de gobierno a un partido que durante más de cuatro décadas estuvo en la oposición, en la guerra civil, en la abstención o colaborando a regañadientes con el gobierno de turno. Desde entonces, 1930, se enardecían los ánimos políticos.

La caída de los conservadores fue producto, entre otras razones, del mal manejo que tuvieron de la causa obrera y los movimientos huelguísticos que surgían con más fuerza tres años antes. A comienzos de 1927 el gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez declaraba toda huelga como subversiva y de paso, con esa medida, se echaba encima a las miles de personas que pertenecían a la clase obrera y a sectores populares.

Papá Fidel, el liberal, el que se codeaba con los principales políticos de su partido, el que discutía ideales con el concejal Efraín Cañavera, era un digno representante de esa clase popular y en época de votaciones se entregaba a la causa de las corbatas coloradas como ningún otro.

“Para la época de votaciones, él se alistaba con anterioridad, aceitaba sus camiones, cambiaba de cojinería, preparaba totumadas de aguardiente, guarapo y pita. El día de la víspera llevaba cientos de personas en sus camiones a los puestos de votación.-

—*Vamos a votar por fulano de tal y llenaba los camiones de gente. Recogía a toda la gente de los barrios enmontados y los arrastraba a las votaciones, dice Tránsito.*

“Incentivaba la participación con el licor que producía. Para la campaña de la alcaldía de Gaitán, recuerdo que dio mucho aguardiente, la gente se iba a votar por Gaitán prendida y contenta” — dice Ángel María.

El día de la muerte de Papá Fidel todos los periódicos liberales sin excepción le dedicaron al jefe mayor un espacio importante en sus primeras páginas. Eran tiempos de agitación política y ya se sentía un peligroso ambiente de violencia. Hacía más de un mes que los conservadores habían ganado la presidencia, luego de 16 años de hegemonía liberal. Con la llegada de Mariano Ospina Pérez a la Presidencia, la situación en las zonas rurales se complicaba, por el desplazamiento masivo que hacían los conservadores de los liberales que ocupaban cargos públicos.

Los periódicos liberales *La Razón* y *El Liberal* estaban entregados a la guerra bipartidista y encontraron la muerte de Papá Fidel una disculpa más para distinguir la muerte del querido contrabandista, hasta con detalles inventados, y hacer un fuerte énfasis en el carácter liberal del conocido personaje. Incluso *La Razón* encabezó la nota con un diálogo producto más de la imaginación del corresponsal que de la realidad de cómo Papá Fidel se despidió de este mundo.

“Vendan el aguardiente y la pita y no sigan contrabandeando, que ustedes no saben ni pueden aguantar cárcel, y mucho menos ahora, mandando el partido conservador (como que durante la hegemonía no probó otra cosa que cárcel) (*La Razón*, 10 de septiembre de 1946, que como en anteriores veces aprovechaba la coyuntura noticiosa y política para moralizar y despotricar de los conservadores).

La crónica de Gonzalo González en *El Espectador*, el 11 de septiembre de 1946, registró una de las frases que el reputado concejal Efraín Cañavera Romero dijo en el Cementerio Central: “Señores, ha muerto un gran conductor del partido liberal. Pero no. No ha muerto. Vivirá para siempre en nuestros pechos”.

A pesar del enrarecido y temido ambiente político, la mano derecha de Papá Fidel, literalmente hablando, fue siempre un conservador acérrimo: Juan de Dios Velázquez Cruz, hijo de la media hermana de Fidel, Bertilda Cruz —campesina de Cáqueza y conservadora hasta las alpargatas— era socio de negocios y sobrino consentido del rey del contrabando. Juan de Dios sobrevivió al Bogotazo y fue uno de los conservadores que avaló la sangrienta “pacificación” de Villavicencio, a costa de la vida de muchos liberales.

De amores y raptos

“La fama de hombre generoso también le valió en gran parte el éxito en sus aventuras amorosas”. “Papá Fidel era un hombre afortunado en amores”. “Papá Fidel no solía desamparar a ninguna de sus mujeres y con todas era igualmente cariñoso y amante. (*Clarín*, septiembre-octubre, 1946)

María, su María; la que vivió en la casa del Restrepo, la que crió sus hijos, la que sacó adelante la primera tienda en el Alto de la Cruz, la que fue apresada por visitarlo en la cárcel, a la que le escribió cartas desde el Panóptico y raptó de su casa cuando era joven.

“A mamá le gustaba la ropa fina. Era muy elegante —cuenta Tránsito, su hija. Se ponía al cuello un zorro, que nunca supe si era una imitación, un sombrero con velo que le cubría media cara, se peinaba de medio lado, se hacía ondas con el pelo mojado, y cuando se le secaban le quedaba unos bucles perfectos. Tenía enchapados algunos dientes de oro. Esa era la moda de ese tiempo”.

María Hilda Latorre vivía por los lados de La Concordia cuando conoció a Papá Fidel, algunos años mayor. Pero a la familia de la joven no le agradó esa amistad y decidieron separarla. Ella se enteró a tiempo y fingió ir a misa para encontrarse con Fidel, con quien terminó viviendo por cerca de 20 años en unión libre. Sin embargo, deseó, hasta el último día, ser su legítima y única esposa.

“En un comienzo mamá sufría y peleaba por las mujeres que se conseguía mi papá— dice Tránsito, su hija, quien nunca perdonó que su papá engañara a su madre. En eso años mi papá le puso a Alicia una casa en el mismo barrio. Mamá no la podía ver. Se enfrentaban y agarraban de los pelos seguido”.

Alicia, su Alicia. La que vivía en el barrio Egipto, la que nunca tuvo hijos, la que estuvo presa en la cárcel El Buen Pastor, sindicada de contrabando en 1928.

“Alicia andaba armada. Era templada. Destilaba aguardiente de las peñas con nosotros. Una vez le dijeron cuando entró a una tienda: ¡miren a la moza de papá Fidel!, y ella los agarró a taconazos— dice Félix Cruz, cafuche y sobrino de Papá Fidel.

“En esa época las mujeres eran muy sumisas, no es como ahora. Finalmente ella aceptó que él tuviera otras mujeres”, dice de su madre Ángel María.

El problema fue cuando apareció Emma.

“Cuando apareció Emma, Alicia y mamá ya se hablaban por teléfono. Mi mamá odiaba a Emma porque presentía que mi papá ya había hecho un capital importante y que la tercera ya llegaba como lagarto— dice Tránsito.

“El viejo sistema de rapto empleado con éxito hace veinticinco años, volvió a valerle hace algo más de tres años”, escribe Carlos Ramírez en *Clarín*, el 3 de octubre de 1946, refiriendo el rapto de Emma.

“Un día comíamos en el bar Tatas un platico de menudencias cuando pasa esa niña toda mugrienta, pero con cuerpo bonito, hembra, 15 años —recuerda Campitos y recrea la anécdota que vivió de cerca, como cafuchero de confianza de Papá Fidel. Don Fidel, que ya tenía 46 años, la cogió de la cintura cuando pasó y le dijo:

—Venga pa’ ca’ dígame las cosas, ¿cuál de esos caripelados es su prometido?, le preguntó a la china.

—No vaya a meter las patas con cualquiera de esos que andan sin cinco, detrás de ella había como cinco tipos.

—Usted es bonita le falta es aseo y ropita. Baje a la once y compre ropita, le estiró unos billetes y se los echó en el delantal.

—No. Don Fidel, yo no puedo, le dijo la china y le devolvió la plata.

—Yo soy un hombre de trabajo. No soy un pícaro y me gusta usted señorita. No sea tonta. Se va conmigo. A las seis de la tarde mando por usted.

La mamá estaba oyendo, nos sacó de la tienda y dejó a Emma encerrada. Pero como Papá Fidel dijo: “A las seis mando por usted”, a las seis estábamos allí en uno de los carros. Pitamos y salió por la ventana.

—Mi mamá me echó llave.

—Bótese por la ventana que yo la recibo, dijo Víctor.

La china se botó, Pedro la recibió y la echó al carro. Don Fidel estaba en la esquina con otro carro esperándola. La pasó de carro y se la llevó para Barranquillita”(Villavicencio).

La prensa y la radio titulaban, a finales de octubre de 1942: “Papá Fidel se robó una niña”.

“Alicia y María indignadas se armaron y decidieron ir a buscarlos, iban resueltas a matarlo. Lo querían, pero no soportaban verlo con otra—continúa narrando Campitos.

Fidel se enteró antes y se fue para Fontibón. Allí vistió a Emma con los mejores tacones y el vestido más lindo. La prensa y la radio seguían diciendo que era un robo. Entonces Don Fidel decidió presentarse al juzgado. Ya la había gozado y ella ya lo quería.

En el juzgado le dijo a doña Belarmina, la mamá, y a don Fidelino, el papá de Emma:

—¿Qué es lo que habla tanto la prensa?, que dice que me robe una niña.
¿Cuál niña, no ven que es una señora?, dijo.

El juez le dijo a Emma —Señorita, allá está su mamá, váyase con ella.

—Yo no me voy con ella. Yo me voy con Fidel. Y se fue con él.

Al poco tiempo Papá Fidel ya le tenía una casa en El Samper Mendoza y un restaurante. A la mamá de Emma le tocó ir a ayudarle. Nosotros íbamos allá. Se comían buenos huesos de marrano. Y don Fidel era feliz con la china.

Con el tiempo a María y a Alicia les tocó aguantarse porque entendieron quién era Emma; una mujer joven y bonita y ellas ya eran mayores. Al fin y al cabo Don Fidel era un viejo con plata. Tenía tantas casas como mujeres y tantas mujeres como tiendas”.

“El alboroto que armó doña Belarmina por el rapto de su hija fue mayúsculo, pero Papá Fidel sabía arreglar tan bien las cosas...pasada la luna de miel, Papá Fidel mandó emisarios para contentar a la suegra: los buenos y aguardientosos oficios de sus mejores tenientes, cordial —escribe *La Razón* 10 de septiembre de 1946— abrieron el paso para que la doña retirara la alarma. A los dos meses exactos a partir de la fecha del rapto ya no habían vestigios del escándalo armado por la ventera, pues la casita, los terrenitos, los billeticos habían hecho un rotundo efecto, consecuente con los pacíficos deseos del abuelito”.

“El escándalo que hizo la suegra fue colosal. Sin embargo, cuando su hija regresó de la luna de miel fue recibida por la madre en forma cordial —dice Carlos Ramírez en *Clarín*, 3 de octubre de 1946—. Lo pasado se olvidó, y Papá Fidel llevó a su nueva mujer a vivir en una casa del Samper Mendoza y le entregó la administración de una de las mejores tiendas que tenía. Tres años después, cuando enfermó, pidió que ella fuera a acompañarlo. Y como último capítulo le dio el título de esposa”.

“Para nosotros y para mi mamá fue terrible que se casara con Emma. Pero no podíamos hacer nada, porque él muere en Villavicencio—dice Tránsito, hija de

María. *Mi hermana Berta, que murió hace 14 años, fue la única que viajó, pero no pudo detener el casamiento*”.

Emma, su Emma; era la mujer de 20 años que se casaba con Papá Fidel, de 50, en su lecho de muerte. “Bella, joven, viuda y rica deja el rey del contrabando, tituló *La Razón* el 10 de septiembre de 1946, (...) heredó la quinta parte de la riqueza de su esposo, las proposiciones matrimoniales la van a asediar”, seguía *La Razón*.

El día de la velación del cadáver de Papá Fidel, el 10 de septiembre de 1946. María Hilda Latorre abrió las puertas de su casa del Restrepo, por primera y última vez, a todas las mujeres que en vida amaron y compartieron con Papá Fidel.

“Cada mujer que era favorecida por las miradas del abuelito tenía segura su casa, y su tienda. Prácticamente el setenta por ciento de los establecimiento aledaños a la Plaza Central de Mercado eran de sus mujeres”, escribió el cronista de *La Razón*.

Esa noche, todas, entre ellas las principales, como las llamaban, María, la propia, Alicia, la querida y Emma, la novia, se dieron mutuamente el pésame y lloraron sin riñas.

“Murió mi papá y nunca más supimos de sus mujeres. Para mi mamá, su muerte fue un descanso— dice Tránsito y abandona el tema. Se levanta de la silla una mañana de octubre de 2010 en su casa de Medellín.

El legado

A la dos y media de la mañana, del 9 de septiembre de 1946 murió en Villavicencio Fidel Baquero, a la edad de 50 años. El médico del pueblo, Jorge Sabogal Hurtado, dictaminó que la causa de la muerte fue un cólico intestinal, de acuerdo con el registro de defunción que reposa en la notaria primera de la capital del Meta.

Doce horas antes estaba en la finca La Selva con Adolfo Hernández. Las versiones dicen que el dolor de estómago fue producto de una patada que le dio una mula, otros dicen que se golpeó con la rama de un árbol. Los más científicos dicen que se le rompió la vesícula y le dio peritonitis. Lo cierto es que Fidel Baquero en su lecho de muerte llamó a un notario, para arreglar de afán su testamento, y a un cura para casarse con la única de sus mujeres, Emma, que había viajado para verlo morir.

Luego, su cadáver fue arreglado y llevado, en el cajón más costoso que encontraron, al aeropuerto de Apiay (Villavicencio). Un avión de Avianca llevó los restos de Papá Fidel a Bogotá, en donde lo esperaba una inmensa comitiva que lo veló y acompañó hasta su última morada: la bóveda 731 del Cementerio Central.

El testamento

Los testamentos en las familias suelen hacerse en un ambiente de reserva, casi misterioso. Sin embargo, el testamento del célebre contrabandista fue un motivo de enorme curiosidad para los cronistas judiciales. Casi todos mencionaron el tema e hicieron divagaciones y averiguaciones correspondientes para saber en qué manos iba a quedar la fortuna amasada durante veinte años por Papá Fidel.

“No hay testamento de sus riquezas —se preguntaba *El Liberal* el día del entierro— ha sido este uno de los interrogantes que han venido haciéndose por parte de los parientes y allegados del célebre Fidel Baquero,

pues como es sabido a pesar de su vida aventurera tenía un sentido práctico de la caridad, cuyos beneficios recibieron repetidas veces parientes lejanos o simplemente relacionados”

“...Don Fidel Baquero ha dejado una gran fortuna que se acerca al millón de pesos en bienes raíces, que se componen de varias fincas, muchas casas, unos catorce camiones, varios automóviles, algún cientos de cabezas de ganado y gran cantidad de joyas y dinero en efectivo, además de la gran industria de licores que todos saben que poseía” —*El Liberal*—

“Papá Fidel deja cuatro hijos que son Berta, Tránsito, Inés y Ángel María Baquero; y dos hermanos que son la señora Berta de Velázquez y Luis Baquero, quienes vienen a ser los futuros herederos de esa inmensa fortuna.— *El Liberal*—Una de las versiones que también rondan es que deja fuertes sumas de dinero a numerosos compañeros de sus primeras hazañas, quienes ahora se encuentran viejos e inválidos: lo mismo a unos compañeros de trabajo que colaboraron con él eficazmente”.

“En días siguientes, uno de los varios tinterillos, que se han ofrecido a “velar” por los intereses de la bella y joven viuda Emita Rodríguez V. de Baquero se encargará de pedir la apertura del testamento, y de hacer las consiguientes diligencias para que la ley de posesión a los herederos de lo dejado a ellos por el causante”. De los cuatro hijos reconocidos no habrá el menor temor de que sean defraudados, pues por ellos vela su madre, María, que hace por cien abogados. Y de la viudita, también hay padrinos y antiguos tenientes, que “ayudarán” con fervor y respaldarán su voluntad en todo y bajo todo aspecto” —*La Razón* 11 de septiembre de 1946—.

Pagó algunas deudas que tenía, le dejó la finca La Selva a su sobrino Adolfo, y el resto de su herencia la dividió en cinco: Emma y sus cuatro hijos: Ángel María, de 16 años; Tránsito, de 15; Berta, de 22; e Inés, de 13—según el cronista de *Clarín*, Carlos Ramírez—.

“Es muy posible que en torno a los bienes de Papá Fidel, que realmente son cuantiosos, se forme ahora una serie de controversias sobre las personas a quienes puede corresponder heredarlo—escribe Ramírez en Clarín— El testamento hecho por Papá Fidel antes de su muerte no fue muy claro. Aunque sí dijo que a su mujer y a sus hijos quería que les tocara su capital”.

—“*Por este lado no se vio esa riqueza—habla Tránsito, la hija. Mi papá antes de morir puso a nombre de sus amigos algunas propiedades de él para que el gobierno no se las confiscara, en la época en que más lo perseguían. Él tenía varias propiedades a nombre de Jesús Sánchez, su gran amigo, y le pasó las escrituras de las casas a él. Al poco tiempo que murió mi papá pedimos las escrituras y nos dijo que le pagáramos \$7.000 pesos, que era mucha plata en ese tiempo, o no devolvía nada, porque de lo contrario eso estaba a su nombre y era de él.*

Así se fue desvaneciendo la herencia de papá”.

La decadencia de los cafuches

Un año después de que la Plaza de Mercado se quemara vorazmente en el Bogotazo, el cronista Felipe González Toledo se sienta a escribir, con la cabeza y la sangre fría, el ocaso de los cafuches y cómo se desvaneció el esplendor del emporio que logró Papá Fidel.

“Cuando Papá Fidel murió, hace cerca de tres años, no faltó quien lo comparara con Al Capone, y el parecido no era tan imposible —recordaba González Toledo en su nota del 29 de mayo de 1949 de *El Espectador*—. La organización de los cafuches era poderosa y temible. No había por dónde entrarle, pero una vez muerto Papá Fidel el poderío se desvaneció [...]. Sus dominios se extendían por todos los cerros que por el oriente envuelven a la Sabana de Bogotá, en las hondonadas nublosas, en Cruz Verde y el Verjón, estaban las instalaciones de sus alambiques”.

No pocas veces se trabaron combates sangrientos en los que había bajas de una y otra parte. Los cafuches y los guardas de la renta departamental pasaron años y años en permanente estado de guerra “fría” —dice Toledo al referirse a los helados páramos en donde se daban las confrontaciones—. Aunque los guardas se vieron siempre en el caso de confesar su inferioridad frente al enemigo; los cafuches estaban mejor armadas, mejor animados y su táctica se limitaba a fortalecer posiciones de defensa. La lucha era desigual.

“La producción clandestina de aguardiente contaba con el respaldo de las armas— explica González Toledo—. En las factorías secretas había siempre de planta veinte o treinta hombres dispuestos a jugarse la vida, y el transporte, la distribución de las garrafas eran escoltadas celosamente por gentes de armas disparar. Papá Fidel era el cerebro y el alma de la vasta empresa clandestina. Murió Papá Fidel y todo se acabó. La organización industrial florecida al margen de la ley ha desaparecido casi por completo”.

Nunca fue de excelente calidad el aguardiente de Papá Fidel para los catadores finos, pero la diferencia de precio era halagadora y lo hacía pasable. El principal expendio estaba en las estribaciones del mercado de La Concepción. Según Toledo, cronista judicial de la época, los traficantes actuaban casi “a ojos vistas” porque el poderío de la organización era temible.

“Entre los aspirantes a la sucesión surgieron agrias diferencias—escribe González Toledo— La organización se debilitó. Las rivalidades entre tenientes del irremplazable capitán llegaron a graves extremos. Ya no solamente era la emulación por el mando, era la competencia comercial mezquina y ruinosa”.

El primer cartel de sapos

La rivalidad profunda entre los mandos medios por el poder que dejó Papá Fidel ha conducido a la avara delación. Los productores clandestinos se denuncian los unos a los otros, para tener el control del negocio, para ser el jefe, el próximo ‘Papá’. Sin embargo, los tenientes ambiciosos que se disputan ahora el poder no tienen ni una pisca del don que tenía

el célebre Fidel para organizar a cerca de 1500 cafuches. “La disciplina se acabó y los sapos, buscando las simpatías del Resguardo, mostraron el juego de los demás, sin pensar que estaban exhibiendo sus propias cartas”, dice González Toledo (*El Espectador* el 29 de mayo de 1949).

“Uno a uno han caído los contrabandos en manos de los gendarmes. La resistencia armada se acaba. No hay más combates sangrientos en las breñas de Cruz Verde o el Verjón”, escribe González Toledo. La calidad del aguardiente que se consigue en los mercados empeora, no hay hoy un sello de distinción como lo hubo cuando Papá era todopoderoso.

En otras épocas más de diez contingentes de bebedores asiduos e irremisibles, de los que ya no quieren la vida sino para tomar aguardiente, se vulcanizaron el gaznate con los productos de Papá Fidel. Hoy el aguardiente de los cafuches ya no gusta ni en el Playón (las tabernas del mercado, el último refugio de los ebrios y vagos). Aunque para ellos el precio de dos centavos a quince que cuesta el oficial es una diferencia más imponente que el trago mismo y su calidad.

La delación entre los cafuches y el empeoramiento en la calidad del trago ha facilitado la acción del Resguardo. Si bien el contrabando no ha desaparecido otros fueron los tiempos en que se destilaban y vendían más de veinte canecadas semanales.

La suerte del aguardiente es la que corre la pita. Casi toda la pita que se toma en abundancia en Las Cruces los jueves, tiene la misma procedencia del aguardiente de fique de las peñas de Monserrate y Guadalupe. Pero los amantes del chicharrón y la morcilla que solían acompañar sus banquetes de fritanga con pita no han vuelto a tomar.

—Eso ya no sirve para nada. El sabor no es el mismo. Era bendita para la salud, no había nada como tomarse una pita diaria. Ya no, dice un ciudadano de Las Cruces, que relata Toledo en su crónica del 29 de mayo de 1949.

Antes, los carros de placas intencionadamente borrosas se veían en el mercado de Las Cruces vendiendo una cantidad importante. Los policías y agentes del Resguardo no se atrevían si quiera a pedirles el pase a los conductores enruanados y hoscós. Incluso un

gringo que vivía en una elegante residencia en Teusaquillo encargaba dos docenas de pita semanales que pagaban muy bien y le llevaban todos los jueves. Hoy los cafuches, ni sus carros, se ven por ningún lado.

Eso no quiere decir que la pita haya desaparecido por completo. Hace menos de dos años se multó con 500 pesos a un productor a quien sorprendieron con 200 botellas. Listas para distribuir.

La verdad es que la llegada de otros licores oficiales hechos en otros departamentos es un frente más que se suma a la inevitable desaparición de los cafuches. Hace un tiempo la administración departamental autorizó y reglamentó la entrada a Cundinamarca de estos licores, mediante el pago de impuestos más o menos altos. Los bogotanos conocimos el sabor del anisado del Tolima y de Santander y del añejo ron caldense. Sin embargo, el gobierno actual revocó la autorización y se cerraron nuevamente las fronteras. Por eso es explicable que ahora el contrabando tenga un nuevo auge.

Atrás quedó el aguardiente de los cafuches, lo que piden hoy los bogotanos es ron, unos para tomarlo, y otros para falsificar whiskey. Por eso el Resguardo concentra sus energías en la vigilancia de las fronteras.

Hace cerca de dos años, en 1947, el departamento elevó considerablemente las rentas de sus productos destilados, y con la caída del emporio del aguardiente cafuche, hay quienes se empeñan en la producción de rones, pero caen en las rondas y batidas del Resguardo, que ahora parecen ser invencibles.

“Malos tiempos han sido estos para los contrabandistas, como los han sido para los productores de chicha”—anota González Toledo— ya no se ve a plena luz como en otros tiempos estas bebidas artesanales. Papá Fidel se llevó a la tumba el secreto de progresar al margen de la ley”

De herencias y contrabandos

“Después de que murió Papá Fidel nadie siguió contrabandeando aguardiente en la familia—dice Edgar Salazar, sobrino de Papá Fidel, una mañana de octubre de 2010 en Villavicencio. Eso se acabó. Muchos años después hubo otros contrabandos en la familia. La sangre tira, hijo de tigre sale pintado. Los hijos de Bertilda, —Iván y César Tarquino Baquero—la hija mayor de Papá Fidel, fueron grandes contrabandistas.

— ¿Contrabandistas de qué?

—*Empezaron con cigarrillo, después siguieron con otras cosas.*

— ¿Qué cosas?

—*Contrabando, —contrabando y punto. Edgar cierra el tema.*

El 8 de marzo de 1979, el periódico *El Tiempo* registra una noticia que titula: “Se descubren nuevos crímenes de Villarraga”, la nota la hacen los periodistas Ramiro Castellanos y Ángel Molina, dos semanas después de que Villarraga fuera asesinado en el barrio Modelia.

José Roberto Villarraga Velázquez protagonizó una de las más espectaculares fugas de la Penitenciaría La Picota, junto con otros nueve delincuentes, entre quienes figuran Laurent Fioconni, reconocido traficante internacional de drogas.

“Desde el mismo día de su fuga Villarraga se dedicó a ajusticiar a los miembros de su banda que lo delataron ante las autoridades como el autor de los secuestros de Natan Ganitski, Carlos Pacheco Devia y otros industriales. También según lo conocido por el F2 cumplió por “encargo” varios ajusticiamientos entre los que se cuentan el de los hermanos César Augusto e Iván Fernando Tarquino Baquero, vinculados al tráfico de drogas, y el de la joven Hilda Orjuela Forero”.

“Berta se casó con un Tarquino y se quedó viviendo en la casa que era de María Latorre, su madre —cuenta Mercedes Garibello, quien ha vivido toda su vida en la cuadra

donde queda la casa que era de Papá Fidel, en el barrio El Restrepo, una mañana de octubre de 2010. *Iván y César eran sus hijos y a los dos los mataron, al igual que a su esposo. Eso salió mucho en la prensa. Los mataron porque traficaban con cocaína*”.

“A César, el menor, lo asesinaron el día anterior a su grado —dice Miriam Bobadilla, vecina de la misma casa en el barrio El Restrepo—. Iba para un laboratorio de química, tenía la chaqueta del hermano, de Iván, lo confundieron y por eso lo mataron. Al esposo de Berta, a Guillermo Tarquino, también lo ultimaron, eso fue en el barrio La Soledad. Decían que también estaba metido, que a todos los mataron por un ajuste de cuentas de la mafia”.

“En lo que respecta a la vinculación de Villarraga y el piloto comercial Giovanni Bordé se supo que el F2 tiene pistas concretas que señala al piloto como el protector del criminal y el secuestrador —dice la nota de *El Tiempo*—. En efecto se dice que Bordé es el autor intelectual del crimen de los Tarquino Baquero y que el “negocio” lo ejecutó Villarraga a petición del piloto comercial para dirimir un asunto de drogas”.

Días antes, Rebeca Brand, amante de Villarraga Velázquez, confiesa que Villarraga asesinó a los hermanos Tarquino. También se logró conocer que Brand le reclamó a su amante la muerte de Hilda Orjuela Forero, acribillada a tiros junto con Iván Tarquino el 5 de enero de 1979. Según la mujer, Villarraga le manifestó que se vio obligado a matar a la joven porque en el momento del abaleo, ésta se abrazó a Iván Fernando, y que no hubo otra alternativa.

“La última incriminación contra el piloto Giovanni Bordé se relaciona con el asesinato del padre de dos muchachos, eliminados poco antes, hecho violento con el cual culminó un episodio criminal que se desarrolló en las calles de Bogotá durante cuatro años, desde 1977 a mediados de 1982” (*El Tiempo*, 16 de enero de 1982).

En noviembre de 1978 estalló la matanza de los Tarquino Baquero. “Por esas fechas cayó, en plena calle del norte de Bogotá, el joven Cesar Augusto Tarquino Baquero, quien fue sorprendido por sicarios que iban en motocicleta —*El Tiempo* del 16 de enero de

1982— La venganza no se hizo esperar y así el día de Pascua (26 de diciembre) de 1978 el padre de Giovanni Bordé, Manuel Bordé, fue acribillado a balazos.

Solo dos semanas después, dos individuos en motocicleta asaltaron a tiros a Iván Fernando Tarquino, hermano de la anterior víctima, y lo mataron. Finalmente, el 27 de junio del año pasado (1981) pereció en manos de oscuros sicarios el llamado “último de los Tarquino”, Guillermo Tarquino Pérez, padre de César e Iván, los jóvenes asesinados”.

Los cadáveres de los Tarquino Baquero fueron enterrados en un mausoleo privado en el Cementerio Central. Allí, tiempo después, Bertilda —la madre de Iván y César, y la esposa de Guillermo— fue enterrada; a sus pies se depositaron las cenizas de su madre, María Latorre, y de su padre, Fidel Baquero.

Los nietos de Papá Fidel pagaron con su vida el oficio de contrabandistas en una época de violencia y narcotráfico, en donde ya no existía el acuerdo entre caballeros, como sucedía en tiempos de Fidel. Los problemas de la mafia, en adelante, los dirimen los sicarios.

Del palito al manjar

Un solo trago vale \$1.000 pesos. Un cuarto \$3.000. Una botella \$10.000 y una garrafa \$25.000. Estos son los precios “*del más delicioso y afrodisiaco manjar*”, como dice su dueño, —aguardiente casero endulzado con frutas y hierbas—, que se consigue en una pequeña tienda, situada al final del pasaje comercial en el Alto de Monserrate.

“Antes este aguardiente se llamaba ‘palito’, en tiempos de Papá Fidel. Mi abuelo, que tenía su tienda desde 1926, solía aromatizarlo con hierbas y endulzarlo con panela — habla Juan Rodríguez. Muchos años después, me encontré en una de las bancas del funicular un libro que decía que los griegos en sus grandes festividades se embriagaban con un manjar que elaboraban a base de aguardiente, hierbas aromáticas y frutas. Entonces yo le dije a mi mujer que ensayáramos. Hice una especie de salpicón y le eché el chirrinchi. Desde ese día le cambié el nombre de ‘palito’ por el de manjar de los dioses”.

Juan Rodríguez, de 68 años, el hombre desparpajado que no se cansa de ofrecer su ‘manjar’ en pequeños vasos desechables, ha vivido toda su vida en el cerro. Conoce el olor del páramo y de la lluvia. Su padre, también Juan, fue quien llevó en funicular por primera vez, el 18 de agosto de 1929, al arzobispo, al ministro y al alcalde al cerro de Monserrate.

“Al arribar a la estación de arriba, la comitiva fue recibida con champaña, pastas y dulces, mientras que los promeseros reunidos en la cumbre, echaron voladores y brindaron con tape tusa, ese aguardiente de contrabando destilado entre esas breñas, por los llamados cafuches, delincuentes que le montaron competencia con su aguardiente chiviado a las Rentas de Cundinamarca” —escribió, recordando la fecha de inauguración, Armando Caicedo Garzón, el 28 de mayo de 1992, en *El Tiempo*.

“Mis abuelos ayudaron a Papá Fidel a destilar aguardiente en una de las casas que hizo en estos cerros el acueducto para cuidar la reserva. En esa época los cafuches de Papá Fidel le montaron fuertemente la competencia a las rentas del departamento, sacaban 500 o 600 botellas semanales. —cuenta Juan Rodríguez— Hoy se venden más poquito, pero la tradición sigue viva”.

— ¿Se puede vivir del ‘manjar’?

— *“Pues yo tuve 6 hijos y gracias a este negocito pudieron estudiar. La ventaja es que tengo clientela desde hace muchos años. A mí me encargan para las reuniones, los bautizos y los matrimonios. Cuando Antanas Mockus se casó (ex candidato presidencial) yo le hice garrafones de manjar para la fiesta, y se lo llevé en botellones de agua Cristal. Mi manjar lo ha tomado desde el arzobispo Monseñor María, Rebollo hasta el general Arciniegas de la Policía. Ni que decir de Rafaél Pardo y Germán Vargas Lleras. Les encanta”.*

— ¿El Resguardo molesta?

— *“Si, cada que cambia el alcalde local, hay que visitar, llevando un poco de manjar, a las secretarias, a los agentes y a los representantes”* — dice Juan Rodríguez.

A los pies de Monserrate, sobre la carrera circunvalar, hay otros puestos en donde se consigue aguardiente con hierbas. María Ramos, de 64 años, aprendió el “negocio”, que ya no están rentable como antes, de su madre. Al igual que Jaime Ramírez, que además de saber que las siete hierbas que se le deben poner al chirrinchi son: ruda, mejorana, albahaca, yerbabuena, cidrón, limonaria y manzanilla, cree firmemente en lo que un día le dijo su padre que fue cafuche; Bavaria le paga a la prensa, al Resguardo y a la policía para perseguir y desprestigiar a los licores artesanales. *“La prueba es que hoy, después de tantos años y de que ganaron la pelea, todavía nos joden y de vez en cuando se llevan el aguardiente”*—comenta indignado el ‘Mono’ Ramírez, una mañana lluviosa de octubre de 2010—

Como en los mercados del Verjón, Choachí y Egipto, en Monserrate se consigue aguardiente de contrabando, aguardiente clandestino, destilado en alguna breña lejana,— en donde se pueda ocultar el olor del anís quemado, aromatizado y endulzado al gusto de los venteros. Aunque son pocos los lugares donde se consigue, sigue siendo, como en los tiempos de Papá Fidel, un aguardiente medicinal para muchos, tradicional para otros y encantador para todo aquel que lo encarga y añora.

Conclusiones

Intentar descifrar la vida de un muerto es imposible. Sin embargo, ese personaje se nos revela a través de las voces de otros, y esos otros se nos revelan a través de la representación que hacen de esa persona. Eso lo entendí por el camino, cuando decidí dejar atrás el ímpetu ciego por la verdad y empecé a valorar la verdad en toda su dimensión. La verdad de la muerte de Papá Fidel, por ejemplo, no era únicamente la que decía la sobrina, o la hija, o su amigo; la verdad de su muerte era la que construían también los periódicos. Y lo digo no porque crea que las notas de prensa fueran notablemente rigurosas en esa época, lo digo porque ese registro tiene la posibilidad de permanecer más tiempo que nosotros, o al menos tiene la tribuna mediática para darse a conocer como verdad legítima.

En ese sentido, creo que en la recuperación de esta historia las referencias de prensa tienen un poder impresionante. Es a través de ellas que se construyen los valores que con regularidad se imponen socioculturalmente. Papá Fidel pasó de ser, en 1928, un valiente y corajudo cafuche, a ser, en 1938, un puñalero, para más tarde encontrar la muerte como un ídolo popular, en 1946.

Teniendo en cuenta la fuerte y abierta inclinación política de la prensa de la época, y tomando las tres fechas de análisis, —miradas desde la perspectiva de la prensa liberal— encontramos que para 1928, Papá Fidel representaba una oposición al gobierno conservador y su picardía era tomada de muy buena manera. En 1936, en plena República Liberal, pasó a ser un personaje odiado, sangriento y calculador, en contraste con la imagen que daba el General de León —a cargo de la Prefectura de la Policía de Bogotá en el gobierno de López Pumarejo—, quien se prodigaba en elogios sobre él. Al final de sus días, en agosto de 1946, los liberales pierden las elecciones, y en septiembre Papá Fidel es enterrado como el más noble liberal, capaz de movilizar el día de su entierro a cerca de 15.000 personas.

Lo que quiero decir —lo que aprendí con esta exploración— es que la prensa de la época se sirvió de personajes como Papá Fidel para impulsar campañas políticas y culturales de acuerdo con los intereses del momento y los gobiernos de turno.

Por otro lado, vemos a lo largo de la crónica la facilidad que tiene Papá Fidel para ser un personaje de frontera. Se mueve con desenvoltura en los barrios populares y en los centros de la ciudad. El barrio marginal y el barrio institucional siempre están presentes a lo largo de sus historias. Un juego entre el afuera y el adentro que hicieron del personaje un potente camaleón capaz de sostener su poder en cualquier circunstancia.

Es extraño pensar que Papá Fidel, el más célebre contrabandista de aguardiente, haya estado por más de sesenta años olvidado. Incluso su bóveda fue vendida hace cerca de treinta años. Sus restos, sin lápida, están en un mausoleo que no tiene un solo apellido Baquero y sus fotos se han perdido en trasteos y descuidos de la familia.

Su vida no aparece en los libros de historia porque la historia oficial habla de ilustres y gamonales. La vida de Fide es el relato de alguien a quien le tocó crecer al margen, por su extracción social humilde, de todos los ideales de modernización e industrialización que tenían los gobernantes, y por eso creó un escenario empresarial para los suyos. A pesar de que ese emporio se desvaneció por completo, es común que los mayores recuerden estas folletinescas y maravillosas historias de la memoria urbana bogotana. Nuestro deber es preguntarles antes de que ya no recuerden. Por el momento, “seguirá hablándose de Fidel Baquero hasta el fin del tiempo, ya tiene la palabra”. Gonzalo González —Gog— (*El Espectador*, 11 de septiembre 1946).

Impresiones colaterales

Los hallazgos de este trabajo son el resultado de búsquedas y tropiezos. Recuerdo ese día cuando los archivos de prensa me parecieron demasiado muertos, y la sala de la Biblioteca Nacional demasiado estéril. Entonces me precipité a conocer barrios marginales, que apenas referenciaba, y a personas humildes que me abrieron su casa y una que otra

botella de licor. En el barrio Egipto, hablé con viejos a los que ya nadie escuchaba, abuelos alcoholizados y solitarios, que me contaron sus historias como si estuvieran esperando esa oportunidad toda la vida. A Villavicencio llegué por las recurrentes referencias de prensa que hablaban de la capital del Meta. Me dirigí, sin meditación ni cabeza, a la notaria primera e indagué y molesté hasta que tuve un folio amarillento de registros de defunciones en mis manos: el registro de muerte de Fidel Baquero.

Luego me paré con cara de aterrada en la plaza central, que nunca antes había visitado, a intentar hablar con los viejos que se reúnen todas las tardes a jugar ajedrez y a conversar mientras les embolan los zapatos. Cada uno me dio indicaciones distintas, direcciones, apellidos, barrios. Logré, después de varias búsquedas fallidas, sentarme a tomar tinto con Félix, Beatriz, Filomena y Edgar, todos sobrinos de Papá Fidel. El encuentro era soñado, la conversación amena y familiar. Sentía para ese momento que sabía detalles de Papá Fidel que no conocía ni de mi padre. Después de una semana, Villavicencio no era más una ciudad ajena y tumultuosa, ahora era mi segunda casa, como lo fue para Papá Fidel, hace sesenta años.

A través de los sobrinos supe que en Medellín aún vivían dos hijos del célebre contrabandista. La reunión se aplazó varias semanas. Ángel María, de 81 años, estaba enfermo, había pasado sus días en una camilla, atado a un suero de bolsa. El día anterior al viaje, busqué en el barrio Restrepo la que en otros tiempos fue la casa de Papá Fidel, con la sorpresa que conocí a dos vecinas de los Baquero. Ellas me contaron, en tono de chisme, el oscuro episodio que había enlutado a la familia del querido contrabandista. Llegué a mi casa a consultar el archivo de *El Tiempo*, que como en otras veces iluminó mi investigación.

La noticia de los asesinatos de César e Iván Tarquino Baquero por un ajuste de cuentas de la mafia, en la década de los setenta, me revolvió la barriga. Al día siguiente viajaba a Medellín. Tránsito y Ángel María me recibieron en su casa con amabilidad. Hablamos de su padre, de su madre María, de la familia, de las amantes. En más de dos horas de conversación no supe cómo manejar el tema de los sobrinos asesinados. Finalmente le pregunté a Tránsito qué había pasado con ellos. Ella volvió la mirada y respondió que se habían matado en un accidente de carros. Se selló el tema. Antes de

despedirme les dejé la foto que tenía de su padre, al enterarme que no tenían ningún registro fotográfico. A las seis de la tarde tomé un bus de regreso a Bogotá.

Después de idealizar las folletinescas aventuras de Papá Fidel como contrabandista, recordé que cuando hablamos de contrabando en nuestro país también hablamos de décadas de violencia y terror, de historias que día a día personas como Tránsito y Ángel María intentan sepultar.

Bibliografía

- Vargas Lesmes, Julián. Historia de Bogotá. Bogotá: Villegas Editores: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2007.
- Santana Rodríguez, Pedro. Bogotá 450 años retos y realidades. Bogotá: Foro Nacional por Colombia, IFEA, 1988.
- Archila Neira, Mauricio Ni amos ni siervos memoria obrera de Bogotá y Medellín. (1910-1945). Bogotá: Cinep, 1989
- Cordovez Moure, José María. Reminiscencias de Santafé y Bogotá. Cali: Bogotá: FICA; Gerardo Rivas Moreno, 1997.
- Vallejo Mejía, Maryluz. A plomo herido una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980). Bogotá: Editorial Planeta, 2006.
- Otálora Sergio. “1940, una década que no termina. En: Bogotá años 40. Fotos de Sandy González. ED Número. Colombia.
- Calvo Isaza, Óscar Iván. La ciudad en cuarentena chicha, patología social y profilaxis. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- González Toledo. Felipe. 20 Crónicas Policíacas. En: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/veintecronicas/01.htm>.
- Silva, Renán José. República liberal, intelectuales y cultura popular. Medellín: La Carreta Editores, 2005.



Clarín 3 de octubre 1946

PAPÁ FIDEL: EL SEMI DIOS DE RUANA



A la derecha Papá Fidel, a la izquierda Víctor, su lugarteniente.

“El Semi-Dios de Ruana”

Residencia Fija para “Papá Fidel”, un Personaje de Novela. Después de Muerto Vuelve a Burlarse de la Policía

“Tan Grande como Tenía el Corazón y tan Chiquito como se le puso!”
“Dios lo Ayudó para que nos Socorriera!”

Cronista: GONZALO GONZÁLEZ. Fotógrafo: ALBERTO GARRIDO

El Espectador 11 de septiembre de 1946

“Lo que aquí se escriba no será la última palabra sobre Fidel Baquero. Un novelista vendrá algún día a recoger recortes sobre el aguardiente, el amor y la delincuencia. Un político levantará tribuna en el barrio Egipto, o en el Olaya, o en la Perseverancia y explotará la memoria del Semi-Dios, para movilizar votos a torrentes; y los suburbios bogotanos seguirían multiplicando lágrimas por mil y abundando las hazañas del hombre, con plaste de fantasía, hasta imprimirle una divinidad fabulosa”
Gonzalo González (Gog), *El Espectador*, 11 de septiembre 1946.

Imponente el cortejo funebre de Papa Fidel

Más de doscientos vehículos encabezaban el desfile

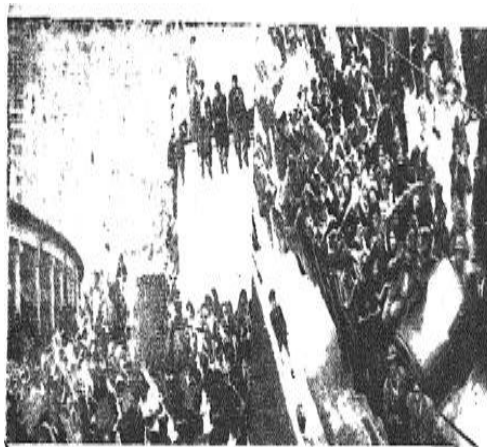
HABLARON CINCO ORADORES, ENTRE ELLOS EL CONCEJAL E. CAÑAVERA

- —“¿Por qué no relata su historia para publicarla?”
- —Mucha gente quiere en verdad que yo venda mi historia, pero eso sólo se hará después de mi muerte”— registra un cronista de *La Razón*, el 10 de septiembre de 1946, el diálogo que sostuvo en otro tiempo con Papá Fidel.

El miércoles 11 de septiembre de 1946 los periódicos, liberales y conservadores, hablaban de su muerte...



El Tiempo 10 de septiembre 1946



Desde la plaza de Bolívar hasta el cementerio, el desfile arrolló por la carrera 7.a, en vía contraria, prohibida por los reglamentos de tránsito. Fue la última procesión de Papá Fidel. Y a pesar de lo que indica la foto de la derecha, al cronista le dijeron en la casa mortuoria: «Quiere esa estufa colorada, que esto no es un carnaval...»

El Espectador 11 de septiembre de 1946



El Espectador 11 de septiembre de 1946



«Toda la tristeza del arrabal. Mendigos, obreros, desheredados de la suerte, repentinamente investidos de una trágica eminencia.»

El Espectador 11 de septiembre de 1946



El féretro de "Papá Fidel", el conocido y generoso "cafuche", es conducido en hombros al Cementerio por centenares de gentes humildes, durante el sepelio que tuvo lugar ayer en las horas de la tarde. — (Foto, Sady).

El Tiempo 11 de septiembre de 1946

EL ESPECTADOR

Año 59 ★ Número 11.479 Bogotá, Colombia, Miércoles 11 de Septiembre de 1946 12 Páginas 5 Ctsv.



Ya se acercan al cementerio, en donde la procesión va a degenerar en tumulto. En medio de la muchedumbre, un trozo de conversación de tres mujeres: «Las hermanas de un convento le mandaron una corona con una dedicatoria muy rara: «Plat Voluntas Dei.»

El Espectador 11 de septiembre de 1946



Eran insoportables las personas que ayer exteriorizaban su dolor por la muerte de "Papa Fidel" de quien se cuenta que ayudaba a muchas familias desahucadas. En la foto se ve a una de las dolientes, sostenida débilmente en glo mientras era sostenido quien logró en vida tan extraordinaria popularidad.—SIGLO Foto.

El Siglo 11 de septiembre de 1946

Millares de Gentes Humildes Fueron a Acompañar al Cementerio a Papá Fidel

El concejal Cañavera hizo uso de la palabra en el cementerio. — Numerosos vehículos participaron en el desfile fúnebre. — Un póstumo homenaje al famoso contrabandista de Cruz Verde.



El Tiempo 11 de septiembre 1946



El Siglo 11 de septiembre de 1946

Demostración de duelo por la muerte de Papa Fidel, ayer

Dramáticos fueron los últimos momentos del célebre "cafuche". Síntesis de sus últimos días en la ciudad de Villavicencio.

★ Se casó al borde de la muerte con una joven de 22 años. Hizo testamento y dejó bienes a sus amigas y amigos. Cómo repartió.

El Tiempo 11 de septiembre 1946

EL LIBERAL

AÑO IX — BOGOTÁ, MARTES 10, SEPTIEMBRE DE 1946 — NUMERO 2.912

Papá Fidel casó antes de morir; romería ante su ataúd, anoche



Fidel Baquero, —“Papá Fidel”—, en su ataúd. El cadáver estaba en capilla ardiente anoche, en su residencia de Luna Park, entre la consternación de sus deudos y amigos. Papá Fidel casó poco antes de morir, y su fortuna se calcula en cerca de medio millón de pesos. En la página novena, de esta edición, ofrecemos a nuestros lectores completa información sobre al muerte del ya famoso personaje en la leyenda bogotana. (Foto Martínez)

El Liberal 11 de septiembre 1946

EL FUNEBRE CORTEJO



La Razón 11 de septiembre 1946

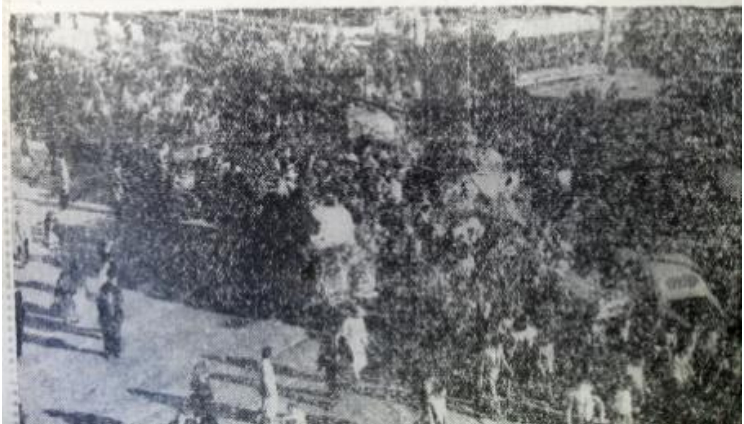
SALIENDO DE LA CAPILLA



Momentos en que el féretro bajaba las escalinatas del atrio de la Catedral, llevada en los hombros de sus fieles amigos.

La Razón 11 de septiembre 1946

EN EL ENTIERRO DE “PAPA FIDEL”



El Siglo 11 de septiembre 1946



La Razón 10 de septiembre 1946



El Liberal 11 de septiembre 1946



El Liberal 10 de septiembre 1946



El Liberal 11 de septiembre 1946



La Razón 10 de septiembre 1946



El Liberal 11 de septiembre 1946

La leyenda del rey

Memorias de DE LA CARCEL A LOS GRANDES NEGOCIOS

III

Fue muy explicable que los generales cantaran victoria aquella madrugada, después de la aventura del cerro. Papá Fidel había desaparecido en las hondras del asfalto, y si no se había estrellado la cabeza contra los peñascos, posiblemente lo habían alcanzado las balas disparadas en la oscuridad, hacia el lugar donde se sentían ruidos de rimas quebradas. El contrabando había entrado, pues, en golpe mortal, porque Papá Fidel no solamente era considerado como experto en esconder los ambrosios en los más misteriosos e inaccesibles lugares de las faldas de los cerros, sino como el as para pasar el aguardiente y distribuirlo en la ciudad. Pero la seguridad del éxito duró muy poco. Pronto los guardias de las rentas tuvieron a certezas de que don Fidel no solamente estaba vivo y sano, sino que continuaba su labor activamente vendiendo algunas perennas con elementos de contrabando, y conduciendo a la prisión, Papá Fidel se resentó de nuevo a abogar por ellas, con su amable sonrisa de siempre, con la bolsa dispuesta a pagar multas y a remunerar los servicios del abogado.

Esto era demasiado. Se buscó la manera de detenerlo, y tras una breve tramitación Papá Fidel fue condenado a pagar...



estratagemas para introducir el aguardiente en Bogotá y distribuirlo en tiendas de toda la ciudad. Se afirma que fingía un día un sorteo, y pasaba el líquido según por diferentes locales el contrabando. El líquido estaba embotellado en casa para el velorio. Al rato comenzaban a salir en todas direcciones emisarios con el aguardiente. El líquido estaba embotellado en botellas. Se afirmaba también que muchos de los que tomaban pero en la labor, bajaban a la ciudad trayendo los productores de las destilerías serranas en bolsas de cuero, entre el chaleco y la camisa. O que bajaban el aguardiente embotellado en cargas de leña, en el lomo de gentes de aspecto humilde, pudiera decirse infiel. O también se decía que los guardias se habían cerrado un ojo del lado por donde el contrabando pasaba...

La verdad es que el contrabando de aguardiente se convirtió en un negocio floreciente. Papá Fidel no se ocultaba de los guardias. Estaba en pleno día por la ciudad. Su casa era rodeada por los policías sin resultado, y en todo el resto de su vida no volvió a tener nunca una prueba definitiva para capturarlo. Respecto a don Fidel, la realidad, algo que pudiera pensar y clar los asuntos de la...

Clarín 3 de octubre 1946

De
carr
dad,
los
lens
doct
Br
men
lent
landi
ta F

CRONICA DE SUCEOS

LOS CAFUCHES ATACAN A LOS EXCURSIONISTAS

El Tiempo 21 de septiembre 1936

—“Una vez metieron a la cárcel a mi tío Fidel y más de 150 personas, armadas, y no, fueron a sacarlo, —dice Félix Cruz, sobrino de Fidel, quien trabajó con él hasta el día de su muerte, el mismo que llevó al hombro su cajón hasta la tumba. Les dijeron a los policías: —¡Lo sueltan, hijuemadre, o no queda ninguno vivo. Los policías, que eran no más cinco, lo soltaron”.

Nace Papá Fidel

—“Alístese que llegó su papá”, le decía el guardia, señalando la salida de la penitenciaría, a un cafuche preso por llevar un encargo de botellas de aguardiente de contrabando, escribió Ramírez en *Clarín*.



“Papá Fidel” fue denominado así por los propios guardias departamentales porque descubrieron que era él quien salía a la defensa de los cafuches que caían presos. Empleaba sus influencias y dinero para que los soltaran o para que vivieran cómodamente en la cárcel.

AS
di-
rá
D-
ra
NS
do
1.
re
D-
so
00
el
1-
7A
e,
se
ro
ca
as

LAS FOLLETINESCAS
AVENTURAS DEL CON-
TRABANDISTA FIDEL
BAQUERO

Respecto a las famosas hazafias de Fidel Baquero, célebre entre la hampa de los barrios altos de esta ciudad, se han ocupado extensamente nuestros colegas en repetidas ocasiones. Y, seguramente, los linotipos continuarán, por mucho tiempo, devorando cuartillas sobre las actividades de este sujeto cuya sagacidad mantiene en continua alarma a las autoridades.

di
re
ci
fr
A
pe
hi
lo
Li
pe
pe
vi
ni
pe
ja
cc
le
ni
ot

El Tiempo 1 mayo de 1928

Clarín 26 de
septiembre 1946

Féretro de tretas y leyendas

“Yo lo recuerdo, era contrabandista de aguardiente —dice Pedro Mora, de 74 años, en su casa situada en el centro de Villavicencio, una mañana de septiembre de 2010. Hizo una apuesta una vez con el Resguardo, la policía y el alcalde de Cáqueza de que no les pasaba por las narices el aguardiente. Y pasó con un entierro y resulta que el entierro era una caja mortuoria llena de aguardiente. La policía le hizo todo los honores al muerto, Papá Fidel hizo bajar la caja para mostrarles el cargamento. Le ganó la pelea a la Policía”, cuenta mientras suelta una carcajada.



Clarín 29 de
septiembre
1946



Clarín 26 de septiembre 1946

El primer capo

El contrabando se convierte pronto en un negocio floreciente. Fidel ya no se oculta de los guardas. Camina a pleno día por la ciudad. Atrás quedaron los días en que el rey de los cafuches se jugaba la vida y la libertad contrabandeando directamente. Papá Fidel dirige y planea el negocio. Con 38 años, es el capo con el emporio de contrabando, hasta entonces, más grande de la historia de Colombia.



*El Siglo 10 de
septiembre 1946*

La Novelesca

Desde este número CLARIN empieza a publicar una serie de crónicas con las memorias del célebre ídolo "Papá Fidel", relatadas según los propios recuerdos que tenía de su vida y de las personas que le conocieron íntimamente.—El entierro del más célebre de los contrabandistas de licores de Colombia, fue una imponente manifestación de duelo por parte de sus miles de amigos.—La generosidad de este personaje para con los pobres le valió captarse la gran simpatía y cariño del pueblo.—De agente de resguardo pasó a ser el amo del contrabando.

Por CARLOS RAMIREZ ARGUELLES

Clarín 19 de septiembre 1946

Domingo de venta y muerte



El Tiempo 24 de agosto de 1936

El aguardiente que sacaba Papá Fidel era considerablemente más barato, el trago valía entre dos y cinco centavos y la botella entre 60 y 80 centavos. Mientras que una botella de aguardiente de las rentas del departamento tenía un precio mínimo de 3 pesos con 60 centavos, establecido por la llamada 'Ley seca' de 1923, en su artículo 12. La gente prefería el aguardiente del páramo porque decían que además tenía propiedades curativas y alimenticias.

Los temibles cafuches

Las reyertas entre los cafuches y el Resguardo nutren las páginas judiciales, y la prensa, en su mayoría liberal —como el Gobierno de turno—, le va quitando el carácter folletinesco y picaresco a los cafuches de Papá Fidel, para retratarlos como contrabandistas peligrosos y puñaleros.

Cuidado con los “cafuches”— Los destiladores clandestinos de aguardiente que desarrollan sus actividades en los cerros del oriente de Bogotá, están dando muestras de peligrosidad. Repetidas veces han atacado a grupos de excursionistas, casi siempre jóvenes estudiantes. Los peligrosos subalternos de “papá” Fidel Baquero dan a entender que confunden a los excursionistas con guardas de las rentas departamentales de licores.

El Tiempo 11 de septiembre 1946

UN GUARDA Y UN CAFUCHE HERIDOS GRAVEMENTE EN SINGULAR PELEA

Los hechos se desarrollaron en los chircales de la 44, durante una ronda.—Dos denuncias contradictorias formuladas en el permanente.

El Tiempo 26 de agosto de 1946



Clarín 26 de
septiembre 1946

PARA UNIFICAR SUS FUERZAS LOS 'CAFUCHES' CELEBRAN UN PÁCTO

El aguardiente subió ayer un centavo en los mercados.—El convenio tiende a garantizar el trabajo libre, sin vasallaje forzado.—Homenaje a "Papá Fidel".

El Tiempo 15 de octubre de 1938

Los bandos "Cafuches" listos para una Ofensiva General

El Tiempo 14 de octubre de 1938

El sobrino de "Papá Fidel" ausmirá la responsabilidad ante la justicia.—Cómo se inicia y culmina la lucha de los contrabandistas.—Caso misterioso que tiende a aclararse.

El Tiempo 15 de octubre de 1938

"PAPA FIDEL" HIRIO DE MUERTE A UNO DE SUS LUGARTENIENTES

El Tiempo 13 de octubre de 1938

Comienza la fortuna

La dirigencia de la banda de cafuches le ha dado a Papá Fidel la rentabilidad suficiente para invertir, desde finales de la década de los treinta, en otros negocios, lícitos e irreprochables. La tiendecita que atiende María Latorre en el Alto de la Cruz está muy bien surtida, y con el producto de ella se construye una casa propia, con un sótano amplio.



Clarín 19 de septiembre 1946

Hace 25 años

Septiembre 11 de 1946

Fidel Baquero, de 55 años de edad, dueño de una cuantiosa fortuna hecha en honorables negocios como buses y tiendas, y otros no tan santos pero sí muy pintorescos como el contrabando de aguardiente, que clandestinamente destilaba en la región a espaldas de Monserrate y Guadalupe, con una extensa y sagaz cuadrilla llamada de "Los Cafuches", formada por ancianos, mujeres, hombres y niños de la región,



El 8 de marzo de 1979, el periódico El Tiempo registra una noticia que titula: “Se descubren nuevos crímenes de Villarraga”, la nota la hacen los periodistas Ramiro Castellanos y Ángel Molina, dos semanas después de que Villarraga fuera asesinado en el barrio Modelia.

Por asesinato se ordena detener al piloto Bordé

El piloto de aviación Giovanni Bordé, acusado como gestor intelectual de varios crímenes dentro de los cuales su cumbió su propio padre, debe ser privado de la libertad según orden judicial recibida por el F-2 de la Policía y el DAS.

La última incriminación contra Bordé se relaciona con el asesinato del padre de dos muchachos eliminados poco antes, hecho violento con el cual culminó un episodio criminal que se desarrolló en las calles de Bogotá durante cuatro años, desde 1977 hasta mediados de 1981.



ta. También se creyó que el piloto Giovanni Bordé estaba involucrado en el homicidio.

La venganza no se hizo esperar y así el día de Pascua de 1978 el padre de Giovanni, Manuel Bordé, fue sorprendido cuando salía de su casa y acribillado a balazos.

Solo dos semanas después dos individuos en motocicleta asaltaban a tiros a Iván Fernando Tarquino, hermano de la anterior víctima, y lo eliminaban a balazos. En el sumario se indicaba a Giovanni Bordé como posible gestor intelectual.

Del Palito al Manjar

Un solo trago vale \$1.000 pesos. Un cuarto \$3.000. Una botella \$10.000 y una garrafa \$25.000. Estos son los precios “del más delicioso y afrodisiaco manjar”, como dice su dueño, —aguardiente casero endulzado con frutas y hierbas—, que se consigue en una pequeña tienda, situada al final del pasaje comercial en el Alto de Monserrate.



Puesto de Juan Rodríguez, en el alto de Monserrate

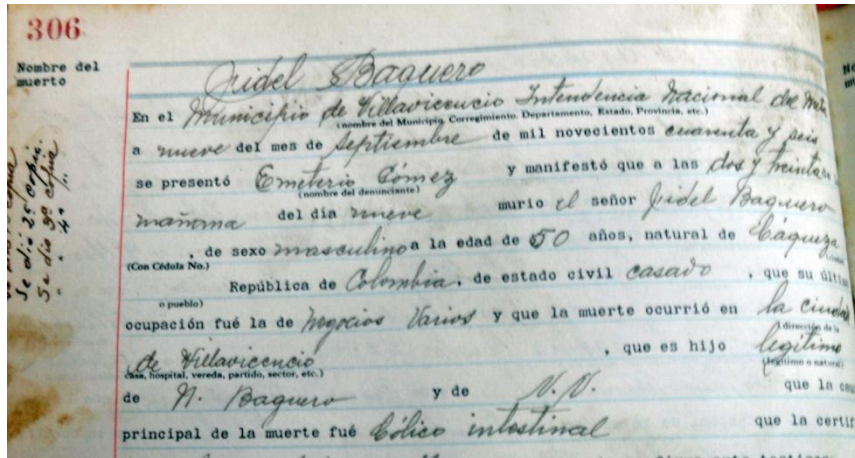


Puesto a la entrada de Monserrate donde se vende chirrinchi



Botella de chirrinchi

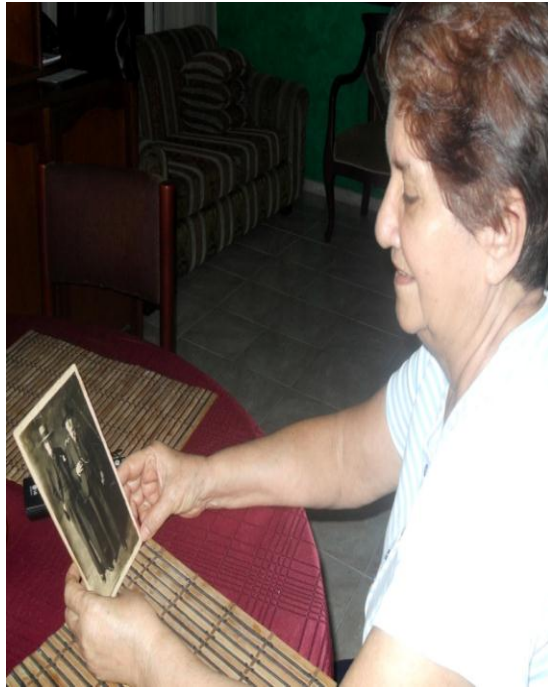
Álbum familiar



Registro de defunción de Fidel Baquero



Ángel María y Tránsito Baquero, hijos de Papá Fidel



Beatriz Salazar, sobrina de Papá Fidel



Edgar Salazar,(izq), Félix Cruz,
Carlos Cruz



Filomena Cruz, sobrina
de Papá Fidel

Casas de Papá Fidel, después del tiempo



Casa Barrio
Restrepo



Casa Barrio El Espejo
(Villavicencio)

Mapa de ubicación de la tumba de Papá Fidel

